

A black and white photograph of a dense mangrove forest, showing a complex network of roots and branches. The text is overlaid on the image.

MUJERES

PIANGÜERAS

Y SEMBRADORES DE

MANGLE

EN

PUNTA SOLDADO

Co-autores: Nancy Caicedo, Breyner Obregon, Guillermina Vergara, Luz Dary Valencia, Jacinta Reyes, Oneida Boya, Camilo A. Romero-Mera, Natalia Zapata-Delgado.

Corrección de estilo: Zharick Fernández y Daniela Aldana.

Colaboradores: Ballantyne Puin Castaño, Michell Sinisterra, Clara Villegas-Palacio, Connie López-Gómez, José Ernesto Mancera, Santiago Valencia y Matilde Mosquera.

Dirección ejecutiva: Andrés F. Osorio

Diseño y diagramación: Sergio Durán, Identidad Pública y Zharick Fenández.

Fotografía: Sergio Durán, Camilo A. Romero M., Sebastián Montoya Calle, Jorge Luis Rocha y Natalia Zapata-Delgado, Corporación Social Manantial.

Ilustración: Laura Ospina Montoya y Estefanía Giraldo Baena.

Este libro es producto de una estancia en CEMarin de julio a septiembre de 2024 vinculada al programa de la Deutsche Gesellschaft für Zusammenarbeit (GIZ) “Fortaleciendo la política migratoria orientada al desarrollo.” Además se realiza en el marco del proyecto “Centro Territorial para la Conservación: un esfuerzo de turismo comunitario-científico basado en la bioeconomía” del Programa de Soluciones Costeras del Laboratorio de Ornitología de la Universidad de Cornell.

AGRADECIMIENTOS

Consejo Comunitario de la Comunidad Negra de Punta Soldado, Agencia comunitaria Playa Viva, Consejo Comunitario de la Plata - Bahía Málaga, Asociación ECOMANGLAR, Raíces Piangueras - Asociación de Mujeres Piangueras de Bahía Málaga, Santiago Valencia González, Matilde Mosquera, Gladys Caicedo y el Programa de Soluciones Costeras del Laboratorio de Ornitología de la Universidad de Cornell.

CONTENIDO



Introducción

Prólogo: Una memoria viva
Las voces de este libro
Las y los Soldadeños
Llegar a Punta Soldado

1. Las Mujeres Piangueras de Punta Soldado

1.1. La tripulación
1.2 Más allá del manglar: hogar, siembra y comunidad
1.3. ¿Cómo se hace una mujer pianguera?

2. El Manglar: Cuerpo, Saber y Territorio

2.1. El cuerpo en el barro
2.2. Saberes del oficio: leer el agua, conocer el manglar y cosechar la piangua
2.3 El manglar: territorio vivido y sentido
2.4. El manglar: territorio cuidado y restaurado

3. La Piangua y los Retos de Gobernanza del Territorio

3.1 Presiones extractivas y degradación del territorio
3.2 Invisibilización de las mujeres en la toma de decisiones
3.3 Tensiones y conflictos por el uso del territorio
3.4 Brechas de la cadena de valor de la piangua

4. Los Caminos Posibles Para la Sostenibilidad del Manglar

Oportunidad 1: Valorización del trabajo y del territorio
Oportunidad 2: Tejer comunidad para sostener el territorio.
Oportunidad 3: Participación política desde el cuidado y la organización de las mujeres
Oportunidad 4. Intercambio territorial y articulación externa

5. Conclusiones: Las mujeres piangueras y sembradores de mangle en la construcción de un mejor vivir.

1. Territorio habitado y sostenido desde el saber de las mujeres
2. Tensiones estructurales que amenazan la vida comunitaria
3. Horizontes posibles desde la acción colectiva y la valorización local

Mujeres Piangueras y Sembradoras de Mangle en Punta Soldado es una publicación de la corporación Centro de Excelencia en Ciencias Marinas-CEMarin

©2026 CEMarin. Todos los derechos reservados. Autoriza el uso de este material con fines académicos e investigativos, citando la fuente. Para otro uso, por favor contactarnos a: info@cemarin.org

Cita sugerida: Caicedo, N., Obregón, B., Vergara, G., Valencia, L., Reyes, J., Boya, O., Romero-Mera, C.A., Zapata-Delgado, N. 2026. Mujeres Piangueras y Sembradoras de Mangle en Punta Soldado. Corporación Centro de Excelencia en Ciencias Marinas - CEMarin. ISBN:

Primera edición 2026
Depósito legal: Biblioteca Nacional de Colombia
XXXXXX

Universidad Jorge Tadeo Lozano, Cra. 4 #22-61
Edificio A | Of: 701,703,705
Bogotá, Colombia



UNA MEMORIA VIVA

Este libro nace de una conversación entre Camilo A. Romero y Nancy Caicedo, mujer pianguera y lideresa comunitaria de Punta Soldado, durante una visita a la comunidad en junio de 2024. En esos días, Camilo acompañó a Natalia Zapata, Ballntyne Puin y otros colaboradores en un taller de intercambio entre el Consejo Comunitario de Comunidades Negras de Punta Soldado y el Consejo Comunitario de las Comunidades Negras de La Plata–Bahía Málaga, como parte de un proyecto sobre turismo comunitario. Ellas, junto a otras mujeres de la comunidad —Jacinta, Guillermina, Luz Dary, Michell y Oneida—, se sumaron a la conversación. Estos encuentros dieron lugar a una reflexión colectiva sobre la labor de las mujeres piangueras en el sostenimiento de la comunidad y el territorio, y sobre la necesidad de hacerla visible dentro y fuera de la isla.

Las conversaciones continuaron en los meses siguientes a través de mensajes de voz entre Nancy y Camilo. El testimonio de Nancy se fue entrelazando con recuerdos de infancia en el manglar y reflexiones sobre los desafíos actuales de las piangueras. Con el tiempo, se sumó la voz de su hijo Breyner, ampliando el horizonte del relato y conectando la experiencia cotidiana con los retos de la comunidad. También se integraron los aportes de sus compañeras piangueras.

La construcción de este libro se desarrolló desde un enfoque colaborativo, basado en entrevistas, grupos focales, intercambios y observación participante, priorizando la voz y la experiencia propia de las mujeres piangueras. También se integraron los aportes científicos y técnicos de integrantes del Grupo de Investigación de Oceanografía e Ingeniería Costera (OCEÁNICOS) de la Universidad Nacional de Colombia —Sede Medellín— y de CEMarin, que contribuyeron a contextualizar los desafíos ecológicos y políticos de las piangueras, el manglar y el territorio.

Aunque las mujeres piangueras comienzan a recibir cada vez mayor reconocimiento en la región, su labor aún es poco conocida para el público en general. Esta invisibilización se agudiza ante el aumento de eventos climáticos extremos, que aceleran la erosión costera y el deterioro del manglar, poniendo en riesgo la continuidad de la isla y su comunidad. En este contexto, visibi-

lizar su trabajo y fortalecer su organización se muestra como una necesidad urgente.



Representantes de las comunidades de La Plata-Bahía Málaga y Punta Soldado durante el intercambio de experiencias del proyecto Centro Territorial para la Conservación en La Plata del Programa de Soluciones Costeras.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El libro se organiza en cuatro capítulos que recorren el trabajo de las mujeres piangueras de Punta Soldado, sus saberes, los vínculos con el manglar, los retos que enfrentan en términos de gobernanza y las oportunidades que se construyen colectivamente. Documentar el trabajo de las piangueras a través de esta narración es un ejercicio de memoria que busca ser una apuesta para promover la sostenibilidad del manglar, la piangua y sobre todo de las mujeres piangueras de Punta Soldado y todo el Pacífico colombiano.

A lo largo del texto, tres registros narrativos se entrelazan y se responden mutuamente, como voces en diálogo: el testimonio de las piangueras, que nombra el manglar desde adentro y lo vivido; la explicación técnica, que complementa ese testimonio con información contextual sobre el ecosistema, el marco normativo y las políticas públicas, así como los procesos sociales, ambientales, económicos y políticos en torno al relato; y la reflexión analítica, que no pretende traducir ni reemplazar el testimonio, sino extenderlo hacia estructuras más amplias —de género, de poder, de territorio— para mostrar que lo que parece individual puede ser o es, en realidad, colectivo y estructural.

El relato que surge de este proceso no pretende hablar por las mujeres piangueras, sino acompañar y amplificar sus voces. Aunque editado y organizado para su publicación, busca preservar el tono, el sentido y la fuerza de aquello que vienen afirmando desde hace tiempo.

Este texto recoge prácticas, conocimientos y experiencias, pero también preguntas: ¿Cómo conservar el manglar sin renunciar al sustento? ¿Qué se requiere para que la labor de las piangueras sea reconocida como parte fundamental de la conservación y el bienestar colectivo? ¿Qué tipo de futuro podríamos construir si el cuidado del territorio partiera de la experiencia, la autonomía y la palabra de las mujeres? Más que un documento cerrado, es una memoria viva y una base para seguir construyéndose junto a más mujeres piangueras y comunidades costeras. Ante todo, es una afirmación de lo que las piangueras sostienen y practican: que el manglar y el territorio se cuidan con el cuerpo, la palabra y la organización.

LAS VOCES DEL LIBRO



Luz Dary Valencia

“Soy pianguera y soy manglera, restauradora de manglar. Aquí estamos las maestras del manglar, nosotras sabemos cómo sembrar el nato y el velillo. Me gusta sembrarlo porque de ahí depende la piangua, y de ahí dependen nuestros platos fuertes, mi familia y nuestros estudios. Ahí hago muchas cosas, por eso me gusta.”



Guillermina Vergara

Guillermina Vergara. “Soy sembradora de mangle y también pianguera, y las pianguas son mi sustento y el de mis hijos. Por eso, a mí me gusta.” Guillermina también es conocida como Tocaya dentro de la comunidad y el grupo de mujeres piangueras y sembradoras de mangle de Punta Soldado. No es muy habladora, sin embargo, es un ejemplo para sus hijos especialmente para su hija Michel Sinisterra quien hoy es una joven líder de la comunidad y quien apoya y lidera los procesos que buscan el fortalecimiento de las mujeres piangueras de la isla.



Nancy Caicedo: Mujer Pianguera

Yo soy nacida y criada en Punta de Soldado. Tengo 50 años. Soy pianguera, siembro mangle y soy manipuladora de alimentos. Tengo siete hijos: cuatro hombres y tres mujeres. Llegué hasta cuarto de primaria. Pensé en terminar la primaria, pero ya tenía a mis hijos y no tenía quién les pusiera cuidado por la noche, entonces no seguí estudiando. A mí siempre me ha gustado la guerra: lo que es la piangua, siembra de mangle, cargar coco, mejor dicho, me muevo para todito, menos para la pesca, es el único arte que no me gusta.



Breyner Obregon: Hijo de Nancy

Tengo 32 años y soy 100% soldadeño. Soy hijo de Nancy Caicedo y tengo un hijo de cinco años, que es mi vida. Saqué piangua hasta los 17 años, aunque todavía lo hago ya no es con la misma constancia que antes. Soy técnico en construcción y montaje de instalaciones eléctricas del SENA. También soy líder de Playa Viva, la agencia de turismo comunitario de Punta Soldado. Colaboro con temas logísticos a la Junta del Consejo Comunitario de Punta Soldado.



Jacinta Reyes

Es piangüera de Punta Soldado, no hace parte del grupo de sembradores de mangle de la isla, pero lleva toda su vida realizando la labor del piangüero y se relaciona muy estrechamente con el grupo de sembradores de mangle. Para ella el pianguar es el sustento de su casa. Hoy Jacinta es una de las veteranas piangüeras de Punta Soldado.



Oneida Boya Panchano

Yo no era piangüera, yo no soy de aquí –de Punta Soldado–, yo soy de El Charco, Nariño. Yo llegué aquí y me encontré con una fiel amiga que se llama Nancy Caicedo. Ella fue la que me llevó al manglar para que aprendiera a recolectar la piangua y hoy soy sembradora de mangle y piangüera. Este trabajo para mí y para la comunidad es muy importante porque cuidar el manglar es cuidar la piangua, el piacuil, los cangrejos que todos salen de ahí



Natalia Zapata Delgado

Soy una apasionada por el mar y gracias a Punta Soldado mi propósito es aportar en estrategias para el mejor vivir del Pacífico colombiano. Nací en Bogotá, tengo 28 años y la ingeniería ambiental y la pasión por el mar me llevaron a Punta Soldado donde reconocí a los manglares como un lugar donde pasa de todo, se protege la costa, se saca la piangua, se cuida la pesca y se pasa bueno como dicen las piangueras. Más allá de la academia este libro es parte de lo que aprendí y sigo aprendiendo de este lugar de las maestras del manglar: las piangueras y sembradoras de mangle de Punta Soldado.



Camilo A. Romero Mera

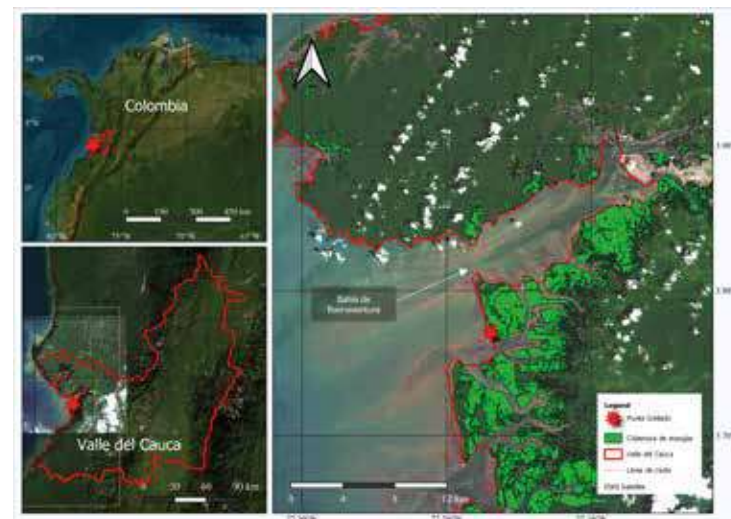
Trabajo como consultor e investigador en gobernanza ambiental y territorial. Mi práctica combina tres dimensiones: la producción de conocimiento (reportes, estudios y libros documentales), el diseño de instrumentos para la acción (marcos de decisión y metodologías) y la facilitación de procesos colectivos (talleres, diálogos y conferencias). Me enfoco en las relaciones urbano-rurales entendiendo el territorio como una red de flujos e intercambios, muchas veces ecológicamente desiguales: el alimento que llega a la ciudad y los residuos que llegan al campo, la madera que sale de un manglar y termina en una construcción lejana, el valor que se extrae en un lugar y se acumula en otro. Mi trabajo impulsa una transición hacia una política de interdependencia que reconozca estos vínculos y las responsabilidades compartidas entre territorios y actores para construir relaciones más justas.

INTRODUCCIÓN

Punta Soldado, un territorio en movimiento

Para llegar a Punta Soldado hay que tomar una lancha desde el muelle turístico de Buenaventura. En un trayecto de 30 a 40 minutos, la embarcación surca la Bahía de Buenaventura hasta casi su desembocadura. Antes de salir a mar abierto, se vira a la izquierda para internarse en uno de los canales del delta del río Anchicayá. Allí, donde el agua de mar se confunde con la del río, densos bosques de mangle emergen a lado y lado del canal. En la ribera derecha, a unos 20 km de la ciudad portuaria, aparece Punta Soldado.

Ubicada en la desembocadura de la bahía de Buenaventura, Punta Soldado funciona como una isla barrera entre el océano Pacífico y la bahía. Su costado occidental, cubierto de playas, recibe el golpe de las olas del mar abierto; el oriental, en cambio, está rodeado de manglares y esteros que se extienden hacia el interior de la isla, cubriendo la mayor parte de su superficie. En el extremo norte, se encuentra un faro que guía a los navegantes que se dirigen al puerto de Buenaventura.



Ubicación geográfica del Consejo Comunitario de Punta Soldado. Mapa: Natalia Zapata Delgado.

Los primeros registros de asentamientos en la isla datan de 1915, cuando pescadores provenientes de Guapi, en el sur, llegaron a la isla.¹

¹ CEMarin (2023). Punta Soldado: Historia y Decisiones



La isla, de aproximadamente 1000 hectáreas, alberga tres comunidades: Punta Soldado, en el lado occidental; y Las Contrás y Firme Bonito, en el oriental.

La comunidad de Punta Soldado —con unos 400 habitantes— se organiza en torno a un caserío no muy lejos de la playa.² Allí se encuentra un colegio, un parque, que sirve de punto de reunión para la comunidad, y una iglesia cristiana, la construcción más alta del pueblo por debajo de la antena de telecomunicaciones. Las casas de madera, de uno o dos pisos, se distribuyen en calles rectas y sin pavimentar, configurando no más de 5 manzanas, y se apoyan sobre tocones de madera que las elevan algunos centímetros sobre el suelo. La población no cuenta con acueducto ni alcantarillado, pero sí con electricidad generada por energía solar y ACPM. Hacia el fondo, al interior de la isla, al borde del bosque, hay tres cabañas turísticas que sobresalen por sus techos azules y señalan el límite del pueblo, donde el sonido del mar se pierde entre la espesura de la manigua.

Sin embargo, la comunidad y la isla se encuentran en riesgo. Desde 1964, se ha documentado erosión costera en la isla. El último gran evento ocurrió en 2019, cuando el avance del mar destruyó varias edificaciones en la comunidad de Punta Soldado.³ Como consecuencia, la franja de playa se ha ido estrechando, los bosques de mangle se han ido perdiendo, y la comunidad ha debido desplazarse cada vez más hacia el interior.

La división político-administrativa del territorio suma una capa más de complejidad al panorama. La isla hace parte del área rural del Distrito de Buenaventura, así como de la Reserva Forestal Protectora Regional (RFPR) Anchicayá, lo que la pone, también, bajo la jurisdicción de la Corporación Autónoma Regional del Valle del Cauca (CVC) como autoridad ambiental. Los límites entre las áreas que pertenecen a las distintas comunidades y sus respectivos Consejos Comunitarios no están claramente definidos. Además del Consejo Comunitario de la Comunidad Negra de Punta Soldado, coexisten en la isla las comunidades de Las Contrás y Firme Bonito, que pertenecen al Consejo Comunitario Mayor del Río Anchicayá.⁴ Una parte de la isla está bajo la administración de la Armada Nacional, donde funciona una base militar —de donde proviene el nombre de la isla—, y otra es propiedad de una familia de la ciudad de Cali. Es sobre este territorio disputado, erosionado y lleno de vida —donde las mujeres piangueras sostienen con su trabajo tanto el manglar como la comunidad— que trata este libro.

² Calidris (2021). Agua y alimento para todos, todo el tiempo. Servicios ecosistémicos en dos territorios del Pacífico colombiano

³ Ibid

⁴ Punta Soldado es, además, un territorio colectivo de comunidad negra reconocido bajo la Ley 70 de 1993. Su organización social, sus prácticas de conservación y sus derechos territoriales se inscriben en una historia de resistencia, cuidado y autonomía de las comunidades afrodescendientes del Pacífico colombiano.

1. LAS MUJERES PIANGÜERAS DE PUNTA SOLDADO

En Punta Soldado, solo cinco mujeres se dedican principalmente al piangüero: el 1% de una comunidad de unas 400 personas. Aunque son pocas y su labor pasa muchas veces desapercibida —entre el barro y las raíces del manglar, y en el espacio doméstico—, las piangüeras encarnan una forma de vida que sostiene el hogar, el manglar y la comunidad: piangan, siembran, cocinan, cuidan, enseñan. Este capítulo se acerca a esas mujeres: quiénes son, cómo aprendieron el oficio y qué significa para ellas vivir desde él.

La tripulación

Nancy llama con afecto a su grupo de piangüeras la “**tripulación**”: Luz Dari, Tocaya, Oneida, Jacinta y la propia Nancy. Son, dice ella, las que han permanecido fieles a esta labor. Antes eran más —ocho o nueve—, pero una falleció y otras dejaron de pianguar. Entre ellas hay confianza y acuerdo:

“**Cuando una dice vamos pa’ tal parte, vamos pa’ tal parte**”, explica Nancy. “**Es un grupo muy comprensible. Respetamos la opinión de cada una.**”

En Punta Soldado hay otras mujeres que también van al manglar, pero solo en ciertas temporadas. Nancy aclara que no todas pueden considerarse piangüeras: “**Son de ocasiones —dice—. Van cuando necesitan comprarse algo o cuando la mar se pone pesada. Como las mujeres de acá no tenemos un trabajo, el recurso es pianguar. Ahora es que no van a pianguar mucho.**”

La piangua es la principal fuente de sustento para las mujeres. Con lo recolectado se consigue alimento, se cubren gastos cotidianos y, cuando alcanza, se saldan deudas. Todo depende de cómo esté el raicero: si está “tambado”, se llega a sacar hasta diez docenas en una jornada, o entre tres y cuatro libras tras varios días de trabajo.

Las mujeres piangüeras en el Pacífico colombiano

Diversas estimaciones señalan que más de 11.300 mujeres se dedican a la recolección de piangua en el litoral Pacífico de Colombia, en los departamentos de Nariño, Valle del Cauca, Cauca y Chocó. La recolección de piangua no solo genera ingresos para las mujeres que la practican: se calcula que de esta actividad dependen cerca de 30.000 familias en la región. En el litoral se concentra cerca del 70 % de los manglares del país, alrededor de 267.800 hectáreas, ecosistemas fundamentales para la biodiversidad, la protección de la costa y la seguridad y la soberanía alimentaria de las comunidades costeras.

Mas alla del manglar: hogar, siembra y comunidad

El cuidado del hogar y los hijos es inseparable del trabajo. Muchas mujeres se organizan con la guardería o con familiares; cuando los hijos crecen, los mayores cuidan a los pequeños para que sus madres puedan seguir pianguando.

Además de pianguar muchas piangueras participan en la siembra de mangle como una forma de cuidar el territorio y asegurar que el manglar siga vivo. También asumen otras tareas comunitarias. Nancy, por ejemplo, lleva más de veinte años cocinando para los estudiantes del colegio de Punta Soldado. Comenzó cuando vio que otras madres no querían hacerlo sin remuneración, y estaba en riesgo la continuidad de la alimentación escolar.

El pago por esta labor es incierto, depende del número de niños y de los recursos disponibles. **“Si hay palme, me pagan; si no hay palme, no me pagan. A veces me dan una monedita.”**

Cuando no es tiempo de pianguar, se dedica más a la cocina. Sin embargo, cuando llega la puja Nancy busca cómo resolver: **“Le cocino y que otro reparta. Y así me voy yendo a mi piangua.”**

Piangua y hogar: el trabajo del manglar en familia

Breyner, hijo de Nancy, recuerda que creció viendo a su mamá ir al monte a pianguar. Su papá se iba a pescar. Mientras tanto, los hijos mayores se quedaban en casa cuidando a los más pequeños y ayudando con lo que hacía falta. Así se repartían las tareas en la familia.

Con el tiempo, él y su hermano mayor comenzaron a acompañar a Nancy al manglar. Les gustaba estar allí con ella, ayudarle y aprender. **“Nos íbamos a coger cangrejos —cuenta— mientras ella recogía piangua. No éramos tan expertos como ella, pero con el tiempo fuimos aprendiendo.”**

Cuando Nancy no podía ir al manglar, sus hijos iban en su lugar. Recolectaban lo que podían, lo vendían y con eso ayudaban en casa. **“Esa era como nuestra rutina”**, recuerda. Para muchos jóvenes y niños en Punta Soldado, la piangua es una forma de apoyar a sus familias.

Breyner valora profundamente la constancia de su madre. **“Ella ha sido siempre una persona inspiradora. A pesar de todo, no ha bajado nunca la guardia, siempre aguerrida.”** Para él, esas enseñanzas son parte de los frutos que han recibido de ella y que han cosechado como familia.

Una memoria entre raíces

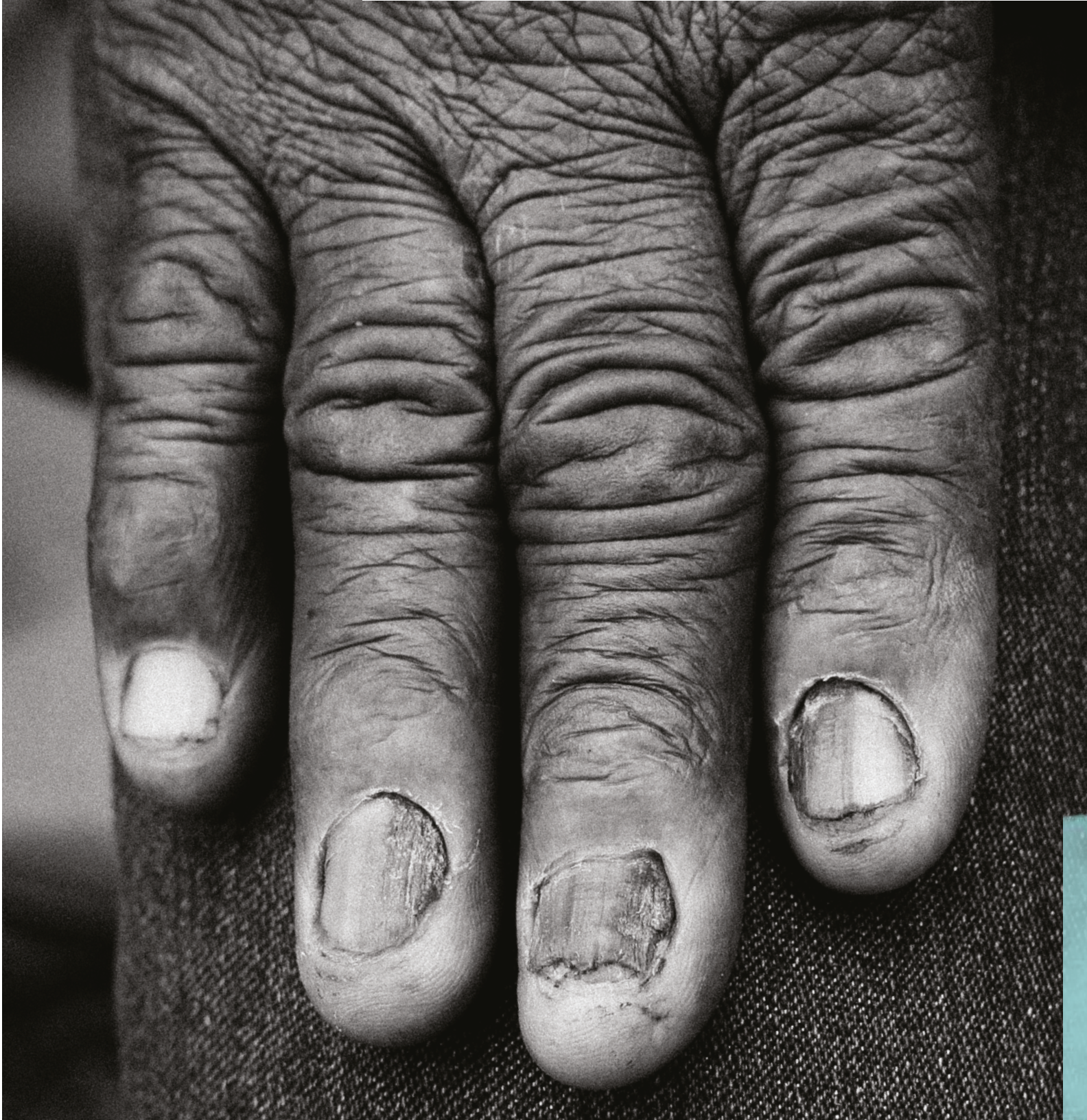
Nancy aprendió a pianguar cuando era una niña, de la mano de su abuela Sara Julia Caicedo. Iban juntas al manglar. A veces eran solo ellas dos; otras veces las acompañaba una hija de su abuela. Fue allí, entre raíces y barro, donde Nancy comenzó a descubrir el oficio. Su abuela le decía

“Mire Nancy, meta la mano en estas cuevas que ve aquí, en las patas de la raíz. Ahí encuentra las pianguas. Si se va pal' lado de allá no coge porque no hay raíces, pero si se pone donde están las raíces, usted encuentra muchas.”

Nancy recuerda con emoción el momento en que sacó su primera piangua:

“¡Abuela, cogí una! ¡Cogí una!”
Su abuela respondió: **“Sígale haciendo y verá que por ahí sigue encontrando.”**

Desde entonces, con apenas nueve años, Nancy sintió que ese trabajo le pertenecía. En esos tiempos, la piangua era abundante en Punta Soldado, y Nancy insistía en ir al manglar, sin regresar hasta llenar los envases.



A veces su abuela la ayudaba; otras, completaba la carga ella sola. El gusto por andar en el barro creció con ella, y cuando empezó a ganar algo de dinero, le gustó aún más. Sin haber terminado sus estudios, la piangua se convirtió en su camino. Crió a sus hijos mientras pianguaba, y así siguió.

“Cuando mi abuela se enfermó y ya la edad no la dejó ir más, empecé a pianguar sola.”

Con el tiempo, Nancy también comenzó a enseñar a otras mujeres, cómo buscar la piangua, de qué tamaño recolectarla y, sobre todo, cómo cuidar el raicero.

“Yo a muchas mujeres les he enseñado cómo pianguar, de qué manera va a coger la piangua, de qué tamaño. No se puede pianguar en todas las raíces porque entonces en la próxima puja no se va a meter la piangua aquí, buscará otro lado para irse.”





2.

EL MANGLAR

CUERPO

CONOCIMIENTO

TERRITORIO

“

porque hay barrial, hay manglar

Este capítulo se adentra en el corazón del manglar: en el barrial y el raicero. El barrial se lee en el movimiento del agua y en el color de las raíces. Se huele, se escucha, se siente en el barro bajo los pies. Para las piangueras de Punta Soldado, el manglar no es solo un ecosistema o un espacio de trabajo: es sustento, vínculo y vida. Es el lugar donde se aprende el oficio, se sostiene el hogar y se cuida el territorio que alimenta a la comunidad. El capítulo recorre cuatro dimensiones de esa relación: el cuerpo que trabaja y se cuida en el barro, el conocimiento que permite leer el agua y cosechar la piangua, la experiencia vivida del manglar en la memoria y la palabra, y las prácticas colectivas con las que se cuida y restaura el territorio.

El cuerpo en el barro

Recolectar piangua es un trabajo físicamente exigente. Las mujeres caminan largas distancias desde sus casas hasta el manglar, atraviesan el barro durante horas y permanecen agachadas buscando la piangua entre las raíces. Breyenner, hijo de Nancy y quien creció viendo a su madre entrar y salir del raicero, lo describe con precisión:

“Es mucho el esfuerzo que se hace para recolectar cantidad, y lo que tienen que caminar las mujeres desde sus casas para realizar esta actividad. Este trabajo siempre ha sido duro, un sacrificio.”

El cuerpo es la herramienta principal del oficio, pero también aquello que debe cuidarse para poder seguir entrando al manglar. El manglar es un entorno complejo: raíces filosas, barro profundo, insectos y animales hacen parte de los riesgos cotidianos. Frente a estas condiciones, las piangueras han desarrollado estrategias de protección aprendidas y transmitidas en la práctica. Medias, zapatillas, guantes, canastos y estopas hacen parte del equipo que se lleva al raicero.

Nancy explica que estos elementos ayudan a prevenir accidentes o picaduras:

“Eso es necesario para que algún bicho no le pique a uno, que algún pejesapo o camarón bravo, porque eso es cosa seria. Uno se entierra, saca el pie, o al meter la mano en la cueva para sacar la piangua, ahí tal vez le pica el pejesapo. Al tocarlos, se siente el candelazo.”

Cuando ocurren picaduras o heridas, las piangueras recurren a remedios aprendidos en la faena. Para el dolor causado por la picadura del pejesapo, Nancy recuerda el remedio que usa:

“Con la estopa caliente y prendida, con esa me pringaba hasta que me pasara el dolor.”

Para espantar insectos como los jenes, las mujeres improvisan un mechón o chomba con la cáscara del coco, con el cual encienden una estopa. Este gesto cotidiano también tiene una dimensión ambiental: evitar el uso de productos derivados del petróleo que dañan el manglar. El saber viene de lejos. Nancy lo recuerda así:

“Mi abuela decía que el petróleo no se podía usar porque era malo para las pianguas, ni el ACPM, ni la gasolina, ninguna de esas cosas.”

Moverse dentro del manglar también exige cuidado. Para desplazarse entre esteros y raíces durante la faena, los potrillos —pequeñas embarcaciones de madera— son fundamentales: reducen el esfuerzo físico, permiten navegar por los canales y esteros sin pisar el barro constantemente, reduciendo así riesgos durante la faena.

“Si uno tiene un potrillo es más fácil porque usted se mete por el estero y no lo va pisando. Así se libra que le pique pejesapo, el camarón bravo o que vaya usted saltando una chamba y haya una culebra.”

Pero el agua de los esteros entraña también otro tipo de riesgo, este específico del cuerpo de las mujeres. Los esteros de Punta Soldado mezclan el agua del océano Pacífico con la que desemboca del río Anchicayá, y en esa mezcla pueden proliferar microorganismos capaces de causar infecciones urinarias y otras enfermedades que afectan el vientre. El contacto prolongado y cotidiano con esa agua —inevitable en el oficio del pianguero— convierte la salud ginecológica en una preocupación constante que se suma a los demás riesgos del manglar.

El cuidado del cuerpo no es separable del cuidado del manglar: protegerse sin dañar el entorno del que depende el trabajo y el sustento son, para las piangueras, parte de un mismo gesto. Pero ese cuidado tiene también una dimensión que excede al raicero. Frente al riesgo de infecciones, las piangueras buscan atención médica periódica en Buenaventura. No es una opción ideal: implica trasladarse fuera del pueblo porque el centro de salud de Punta Soldado no cuenta actualmente con un encargado permanente. Las mujeres que trabajan en el manglar dependen, para su cuidado, de una infraestructura de salud que está lejos y que no siempre está disponible.

Saberes del oficio: leer el agua, conocer el manglar y cosechar la piangua

Además del esfuerzo físico, recolectar piangua exige un conocimiento que se aprende con la experiencia y se transmite entre generaciones. Uno de los saberes más importantes es aprender a leer el movimiento del agua. La marea marca el ritmo del trabajo y determina cuándo es posible entrar al manglar. Nancy explica que este conocimiento se adquiere con los años:

“Una va cogiendo el conocimiento del movimiento del agua, ahí uno mira.”

El momento más favorable para recolectar piangua es durante la puja, cuando la marea sube e inunda el manglar. Con el aumento del nivel del agua, las mujeres pueden desplazarse más fácilmente, navegando entre las raíces en los potrillos. Durante las quiebras, en cambio, el agua baja lentamente, se estanca y el acceso al manglar se vuelve más difícil porque hay que caminar el barro:

“En quiebra, las aguas no dan para andar pianguando porque se demora mucho para secar, se queda empozada y sube tarde. Una sale muy tarde en las noches del raicero. En quiebra sacamos la almeja.”

El trabajo en el manglar también requiere organización entre las piangueras. La coordinación no es formal ni jerárquica: se basa en la comunicación cotidiana, en los acuerdos tomados por las tardes antes de cada faena. Nancy describe ese ritmo:

“Todo se basa en la comunicación y el acuerdo entre nosotras. Si es una semana destinada para pianguar, yo salgo y les pregunto a las otras si al fin vamos a ir a pianguar mañana, siempre como por las tardes decidimos si vamos a ir a pianguar mañana. Si ellas me dicen que sí, entonces yo me arreglo y mañana por la mañana, tipo ocho o nueve, vamos a su faena de pianguar.”

Las mareas y el ritmo del pianguero

Las mareas son el movimiento periódico de subida y bajada del mar, causado por la atracción gravitacional entre la Tierra, la Luna y el Sol. Según la fase lunar, estas mareas varían en intensidad y reciben nombres distintos: durante la puja —luna llena y luna nueva— la marea puede subir y bajar entre 3 y 5 metros; durante la quiebra —cuarto creciente y menguante— el rango es menor, de 2 a 3 metros. En un mes hay aproximadamente dos pujas y dos quiebras.

El nivel del agua no solo determina la facilidad para desplazarse por el manglar, sino también la abundancia de piangua. Dani Yultiza Caicedo, pianguera de La Plata en Bahía Málaga lo explica: "se piangua solamente cuando se está en puja —cuando el agua 'está buena' y la marea crece más— porque es en ese momento que la piangua suele entrar al manglar y abunda mucho más". Cuando la marea crece, la piangua entra al manglar con el agua; en la quiebra, escasea.⁶

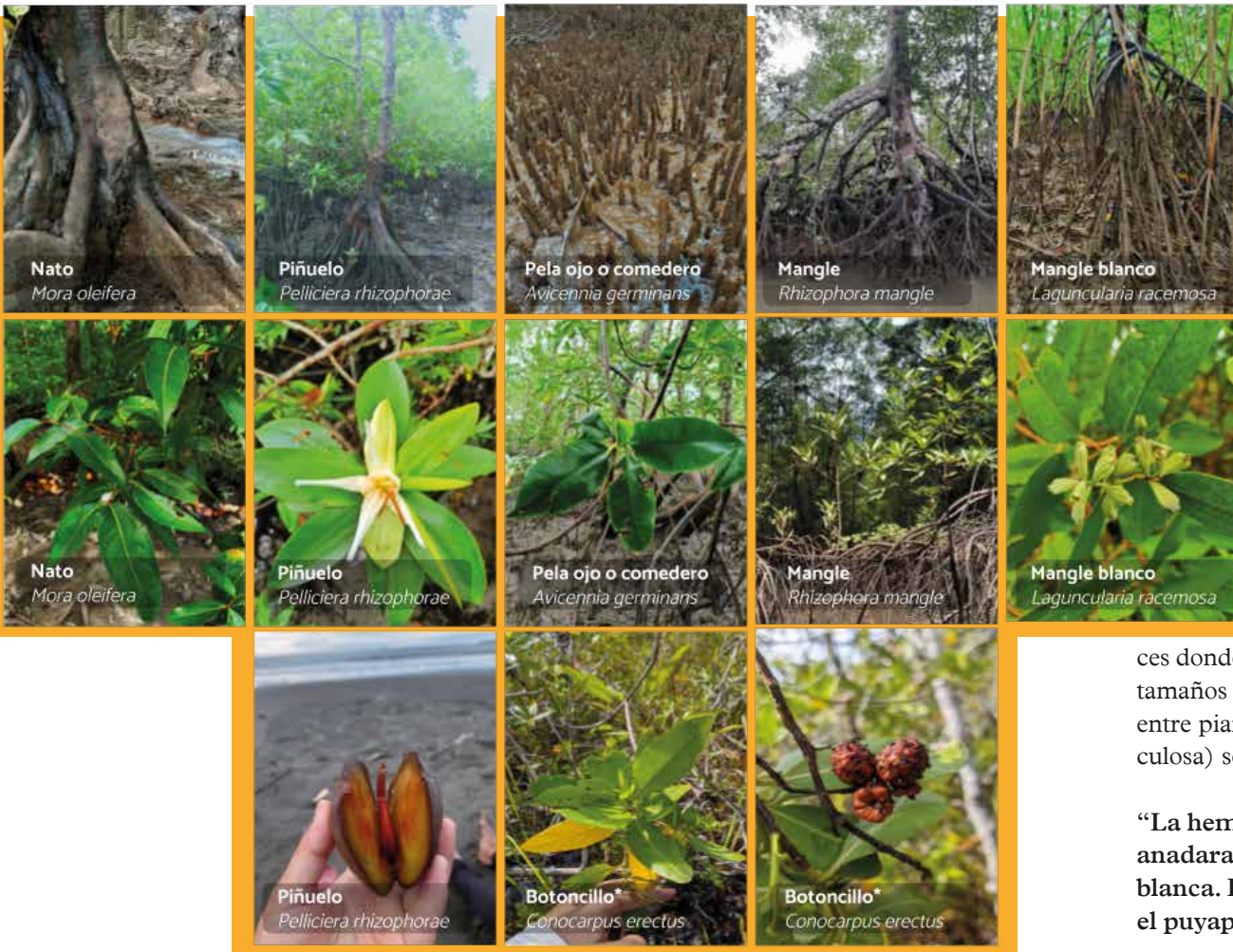
El nivel del agua no solo determina la facilidad para desplazarse por el manglar, sino también la abundancia de piangua. Dani Yultiza Caicedo, pianguera de La Plata en Bahía Málaga lo explica: "se piangua solamente cuando se está en puja —cuando el agua 'está buena' y la marea crece más— porque es en ese momento que la piangua suele entrar al manglar y abunda mucho más". Cuando la marea crece, la piangua entra al manglar con el agua; en la quiebra, escasea.⁷

Pero leer el agua es solo una parte del saber. Las piangueras también aprenden a conocer el manglar árbol por árbol: reconocer cada especie, saber en qué tipo de barro crece, entender cómo se comporta y para qué sirve su madera. Nancy describe cómo se distinguen unas de otras en la práctica:

⁶ Zapata Delgado, N., Acevedo Tobón, S., Cabrera Meneses, C., Delgado Gallego, J., Ayala, F., Osorio, A., Aguirre, M. A., Bernal, G., Urrego, L., & Consejo Comunitario de la Comunidad Negra de Punta Soldado. (2023). Mar y playa. CEMarin https://cemarin.org/wp-content/uploads/2023/11/e-book_Mar-y-Playa_PS.pdf
⁷ Barón, L. F. (17 de julio de 2023). Piangueras en peligro de desaparecer. La Silla Vacía. <https://www.lasilavacia.com/red-de-expertos/red-etnica/piangueras-en-peligro-de-desaparecer/>

"El mangle rojo, también le llaman mangle caballero. Se diferencia por las raíces y patotas que tiene. Este es del barro más lodoso. El nato es de barro y arena, lo mismo que el piñuelo. El nato es bien grande, el piñuelo es más delgado. El machare se conoce por sus ramas y sus flores. El puyapuyal, que se pisa y se puya los pies porque las raíces se mantienen en punticas y salen del barro como puyitas. Por eso nosotros lo llamamos así."

¿Cuántas especies de manglar hay en Punta Soldado?



Atributos de las diferentes especies de manglar de Punta Soldado.
Fotos: Jóvenes de Punta Soldado.

Ese conocimiento tiene también una dimensión práctica: el nato, el piñuelo y el machare son maderas duras usadas en la construcción de casas, mientras que el mangle rojo, de madera más blanda y accesible, se usa como leña cuando no hay gas disponible:

"Con eso uno cocina. Si no hay gas, o si la olla es muy grande, se hace una fogata en el suelo o en su fogón, se le mete leña y con eso se cocina."

Conocer las especies de manglar es también la base para saber dónde buscar. Para recolectar piangua se debe reconocer las raíces

En 2020, Punta Soldado contaba con aproximadamente 950 hectáreas de bosque de manglar, compuestas por seis especies: mangle rojo (*Rhizophora mangle*), nato (*Mora oleifera*), mangle blanco o puyapuyal (*Laguncularia racemosa*), piñuelo (*Pelliciera rhizophorae*), mangle negro, comedero o pela ojo (*Avicennia germinans*) y botoncillo (*Conocarpus erectus*).⁸ Cada especie ocupa un nicho distinto según el tipo de suelo, la salinidad y la profundidad del barro. Junto a ellas crece el machare (*Symphonia globulifera*), árbol asociado al manglar cuya madera dura es usada por la comunidad en construcción y cocina.

ces donde se encuentra, abrir el barro con las manos y distinguir los tamaños adecuados para la cosecha. Las piangueras diferencian entre piangua macho (*Anadara similis*) y hembra (*Anadara tuberculosa*) según su forma, color y tipo de raíz donde viven:

"La hembra vive entre las raíces, la conozco como la piangua anadara, más redonda y negra. La macho es más larga y blanca. La macho la coge donde hay raíces de mangle blanco, el puyapuyal."

⁸ Zapata Delgado, N. (2024). Mangroves for protection of coastal social-ecological systems. Case study Punta Soldado, Colombia's Pacific Coast [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Facultad de Geociencias y Medio Ambiente.

Parte fundamental de este saber consiste en reconocer la madurez de la piangua y saber cuándo no cosechar. Nancy es clara al respecto:

“La piangua que hay que coger es la que ya tiene un buen equivalente de grande. Cuando en la raíz solo hay pequeñas, yo no cojo. Y si llegamos a una parte y solo cojo piangua pequeña, piangua menuda, le digo a las compañeras: ¡demos la vuelta que está por acá no tiene nada de piangua! También pianguamos en diferentes partes, rotando a los quince días para dejar descansar la piangua.”

Para las piangueras, estas prácticas no son solo técnicas de cosecha: son una forma de pensar en el futuro. La pregunta que Nancy formula condensa esa preocupación:

“¿Y si acabamos la fauna, si acabamos eso, que nosotros como adultos no vamos cuidando, qué cogerán nuestros hijos y nietos?”

Estas prácticas de conservación y manejo de la piangua que se observan en Punta Soldado se han generado a partir del conocimiento y la experiencia acumulada de las piangueras mayores de distintas comunidades del litoral Pacífico. La Cartilla “Pianguando⁹” documenta ese proceso y muestra cómo ese saber local ha promovido estrategias de conservación a lo largo de todo el litoral, incluido Punta Soldado.

La piangua y su manejo sostenible

En Colombia, la recolección de piangua está regulada por la Resolución 539 de 2000 del Instituto Nacional de Pesca y Acuicultura (INPA), que establece una talla mínima de captura de 5 centímetros (solo para la piangua hembra) de longitud de concha. A los 13 meses la piangua alcanza su madurez sexual y tres meses después llega a la talla mínima de captura legal, garantizando que cada individuo haya tenido la oportunidad de reproducirse al menos una vez antes de ser recolectado.¹⁰

Por su parte, el Instituto de Investigaciones Marinas y Costeras (INVEMAR) ha desarrollado una serie de prácticas de manejo agrupadas en tres ejes: control a la explotación (respetar la talla mínima, diversificar la pesca, establecer vedas voluntarias y rotar o zonificar las áreas de recolección), conservación del hábitat (proteger los bancos de piangua y crear encierros para su repoblamiento natural) y participación comunitaria (comercialización legal y responsable, y monitoreo colectivo del recurso).

El manglar: territorio vivido y sentido

Durante mucho tiempo, los manglares fueron descritos desde afuera como lugares inhóspitos: barro espeso, aguas estancadas y raíces enmarañadas que parecían cerrar el paso. Sin embargo, para quienes los recorren a diario, el manglar no es un paisaje distante ni un espacio vacío. Es un territorio habitado, trabajado y lleno de relaciones.

Para las piangueras, el manglar forma parte de la vida cotidiana. Allí pasan horas de trabajo, pero también comparten con otras mujeres, conversan, descansan. En sus palabras y experiencias, el manglar aparece de muchas maneras: como fortaleza, refugio, patio de juegos o sala cuna del mar.

Es una fortaleza porque para muchas mujeres de Punta Soldado el manglar no es solo el lugar de trabajo: es la base económica que sostiene el hogar cuando no hay otra fuente de ingreso, y el anclaje desde el cual se construye la identidad como pianguera. Nancy lo dice con una sola imagen:

“El manglar para una mujer pianguera es mucha fortaleza. (...) El barro significa mucho porque nos da el sustento para nosotros sobrevivir.”

⁹ Pianguando - Estrategias para el manejo de la piangua” (Cartilla). INVEMAR, ASCONAR, WWF Colombia. cartilla_pianguando_web_2.pdf

¹⁰ Delgado, M. F., Gualteros, W., Espinosa, S., Lucero, C., Roldán, A. M., Zapata, L. A., Cantera, J. R., Candeló, C., Palacio, C., Muñoz, O., Mayor, G., & Gil-Agudelo, D. L. (2010). Pianguando: Estrategias para el manejo de la piangua (Serie de Publicaciones Generales INVEMAR No. 45). INVEMAR, ASCONAR, WWF Colombia, Universidad del Valle, UAESPNN - PNN Sanquianga. https://wwflac.awsassets.panda.org/downloads/cartilla_pianguando_web_2.pdf

Pero el manglar también es refugio: un lugar donde cambia el ánimo y donde las mujeres pueden reencontrarse entre sí y recuperar la tranquilidad. En palabras de Nancy:

“Hay veces también que uno no se halla. Ahí es cuando me pongo azarada y digo, ¡Ay no! ¡Qué hago aquí! Y ahí mismito busco a mis compañeras. Entonces uno va, piangua un rato. Nos podemos hacer cuatro o cinco horas pianguando al golpe de la marea. A veces lo hago por la tranquilidad, por la paz.”

El manglar también transforma los sentidos. Nancy afirma que adentro se respira distinto:

“El barro da oxígeno puro. Uno se sienta, se relaja y es otro mundo allá adentro: no da calor, todo es frescura. Por eso me gusta meterme en mi raicero porque se respira aire puro sin nada de contaminación. Por eso, ¡me encanta el barrial!”



*Guillermina pianguando en el manglar de Punta Soldado.
Foto: Sebastián Montoya Calle*

Aunque trabajar en el raicero exige esfuerzo, también hay momentos de juego y descanso. Nancy lo cuenta así:

“El trabajo en el barro también es bueno. A veces se pone una a jugar con el barro y las ramas, se monta en los palos, canta, se sienta, se inspira.”

Breyenner guarda sus propios recuerdos del manglar. Para él, el manglar es también el lugar donde creció y aprendió a moverse entre raíces. Su voz añade una dimensión generacional a lo que el territorio significa para la comunidad:

“Nosotros también podíamos jugar, nos divertíamos mucho en los manglares. Había unas raíces que se enredaban en esos manglares y formaban como una red, entonces jugábamos en esas redes saltando, nos escondíamos.”

El manglar que Breyenner habitó de niño es el mismo que hoy conoce desde otra perspectiva: la de quien entiende su función ecológica y su peso económico para la comunidad. Desde esa doble experiencia —la del juego y la del trabajo— señala que el manglar es la sala cuna o guardería del mar.

“El manglar es vital para la reproducción de los peces, reproducción del camarón y de crustáceos.”

Nombrar el manglar como fortaleza, refugio, sala cuna o patio de juegos no es casual: estas metáforas forman parte de la memoria colectiva de la comunidad y expresan maneras distintas de vivir y defender el territorio, construidas desde la infancia hasta la adultez. A través de ellas, las piangueras —y quienes crecieron entre sus raíces— muestran que el manglar no es solo un ecosistema productivo, sino un lugar lleno de sentido que sostiene la vida.

El manglar: territorio cuidado y restaurado

Un territorio que se nombra como fortaleza, refugio o sala cuna es también un territorio que se puede perder. Para las piangueras de Punta Soldado, cuidarlo no es una tarea separada del oficio: es parte de él. De ese cuidado dependen muchas formas de vida del propio manglar: peces como el mulatillo y el gualajo, los cangrejos, el piacuil, los camarones y la piangua que crecen entre sus raíces, y también la pesca artesanal, la soberanía alimentaria y el sustento cotidiano de la comunidad. En este contexto, el cuidado del manglar es una práctica colectiva que busca sostener esas múltiples formas de vida. A partir de su conocimiento del manglar, las mujeres piangueras han desarrollado e impulsado distintas prácticas para recuperarlo y fortalecerlo.

Un territorio amenazado por el mar y la deforestación

En Punta Soldado, como en muchas comunidades del Pacífico, el manglar actúa como barrera frente al mar, amortiguando las olas y reduciendo la erosión. Sin embargo, es también un ecosistema amenazado por el avance del mar, el cambio climático y la tala ilegal, presiones que han generado pérdidas y daños materiales, desplazamiento de familias y degradación del ecosistema.

La amenaza del mar y el cambio climático: En Punta Soldado se han registrado eventos de erosión costera desde 1964, asociados a dos factores: el fenómeno de El Niño, que cada 2 a 7 años genera sobreelevaciones del nivel del mar de hasta 50 centímetros, y el cambio climático, que proyecta aumentos sostenidos del nivel del mar de entre 45 y 60 centímetros para las costas de Buenaventura hacia el 2100. Durante El Niño de 1997-1998, la isla perdió 30 metros de playa en cuatro meses, con pérdidas

de pozos de agua e infraestructura que obligaron al pueblo a desplazarse hacia el interior.¹¹ Desde entonces y hasta 2020 se han perdido aproximadamente 87 hectáreas de manglar.¹²

La amenaza humana: En la comunidad se denuncia la presencia de corteros o cerreros, en su mayoría provenientes de otros lugares, que talan manglar para abastecer la demanda de madera proveniente del casco urbano y otras zonas rurales de Buenaventura. La comunidad reconoce que hay quienes dentro de ella también se benefician de esa tala.

Las respuestas comunitarias e institucionales: Debido a estas amenazas, se han desarrollado diversas iniciativas para la protección y restauración del manglar en Punta Soldado que se pueden rastrear hasta 2001. Estas iniciativas se han realizado en el marco de acuerdos de cooperación entre el Consejo Comunitario de Punta Soldado, la autoridad ambiental regional (CVC), empresas privadas, universidades y ONGs. En 2019, el Consejo Comunitario adoptó una nueva estrategia de reforestación con apoyo de la empresa CELSIA, impulsando un acuerdo de cuidado colectivo del manglar que incluyó la conformación de un grupo de restauradores y cuidadores del manglar, integrado principalmente por mujeres piangueras y algunos hombres. Estos proyectos han enfrentado desafíos, entre ellos la alta mortandad de los propágulos sembrados,¹³ lo que ha impulsado a la comunidad a seguir ajustando y aprendiendo sus técnicas de siembra.

¹¹ Zapata Delgado, N., Acevedo Tobón, S., Cabrera Meneses, C., Delgado Gallego, J., Ayala, F., Osorio, A., Aguirre, M. A., Bernal, G., Urrego, L., y Consejo Comunitario de la Comunidad Negra de Punta Soldado. (2023). Mar y playa. CEMARIN. https://cemarin.org/wp-content/uploads/2023/11/e-book_Mar-y-Playa_PS.pdf

¹² Zapata Delgado, N. (2024). Mangroves for protection of coastal social-ecological systems. Case study Punta Soldado, Colombia's Pacific Coast [Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia]. Facultad de Geociencias y Medio Ambiente.

¹³ Viveros Duiza (2024). Evaluación de técnica de restauración de Manglares en Punta Soldado basado en la implementación de la Resolución 1263 del 2018 de Colombia. Pontificia Universidad

Retroceso de la playa de Punta Soldado de aproximadamente 500 m desde 1986 a 2020



Ilustración de la evolución de la erosión costera en Punta Soldado en 1986, 2002 y 2020 de izquierda a derecha. En rojo se muestra la línea de costa. En púrpura la ubicación y distribución anterior del caserío de Punta Soldado y en naranja la ubicación y distribución actual del caserío de la comunidad.

Se hace alusión a la ubicación de los diferentes esteros en la isla para mayor detalle. Ilustraciones a partir de imágenes Landsat (1986 y 2002) y de un ortomosaico generado por la Asociación Calidris (2020). Ilustrado por Laura Ospina Montoya y Estefanía Giraldo Baena.



Nancy recuerda cómo comenzaron las primeras siembras organizadas en la isla:

“La siembra inició con una señora de aquí de la región. Ella trabajaba con los finqueros de coco y la CVC en las parcelas de mangle. Ahí fue que la CVC buscó mujeres para sembrar. Recolectó una gran cantidad de mujeres, incluida yo. Ella nos decía cómo hacer viveros, cómo hacer la balsa para semillar, cómo sembrar los diferentes árboles y cómo medir las distancias entre uno y otro.”

Desde entonces, sembrar mangle se ha vuelto una práctica habitual. Las tareas se reparten: unas recogen semillas, otras preparan los huecos o los viveros. La selección de semillas y tierras es cuidadosa:

“Hay una tierra que es muy maluca para sembrar porque se mueren los árboles demasiado rápido. Entonces escogemos la semilla, de ahí nos ponemos a sembrar, a marcigar en el vivero.”

Nancy también describe cómo continúa el proceso de siembra una vez que las semillas han germinado:

“Cuando los arbolitos ya tienen un mes y pico, unos tres metros de largo, se trasladan a las parcelas donde serán sembrados. Las parcelas pequeñas pueden tener 200 árboles; las grandes, hasta 400.”

Hoy en día, estas actividades suelen estar acompañadas por la CVC, que organiza reuniones, aporta insumos y en algunas ocasiones recursos. Pero la práctica misma sigue siendo comunitaria, transmitida por la experiencia compartida.

Las piangueras también cuidan el manglar a través del monitoreo. Cuando tienen potrillo pueden recorrer los canales y observar lo que está pasando en distintos esteros. Así detectan dónde la piangua está disminuyendo o dónde se está explotando demasiado.



Vivero de mangle nato construido y trabajado por el grupo de sembradoras de manglar de Punta Soldado.



Vivero flotante para mangle rojo construido y trabajado por el grupo de sembradoras de manglar de Punta Soldado.



“

El cementerio de mangle causa nostalgia o tristeza porque se perdieron varias hectáreas de manglar y era una parte fundamental también para extraer la piangua. Ya se perdió ese privilegio, esa oportunidad.

”



Las contribuciones del manglar

Los manglares proveen una amplia variedad de contribuciones a las comunidades que los habitan. Estas contribuciones pueden agruparse en tres categorías: **materiales, no materiales y de regulación.**

Las contribuciones **materiales** incluyen la provisión de energía, alimentos, materiales de construcción y recursos medicinales, bioquímicos y genéticos. En Punta Soldado estas se expresan de manera concreta en la recolección de piangua, la pesca artesanal y el uso de maderas como el nato, el piñuelo y el mangle rojo para la construcción y la cocina.

Las contribuciones **no materiales** son las más numerosas e incluyen el aprendizaje y la inspiración, el mantenimiento de opciones de vida, las experiencias físicas y psicológicas, y el sostenimiento de identidades. Este es el tipo de contribución más reconocido por las comunidades que habitan los manglares, lo que coincide con la manera en que las piangueras de Punta Soldado describen el manglar: como fortaleza, refugio y lugar de memoria.

Las contribuciones de **regulación** comprenden la formación y protección de suelos y sedimentos, la creación y mantenimiento de hábitats, la polinización y dispersión de propágulos, la regulación de la calidad del aire, del clima, de organismos dañinos, de la calidad del agua dulce y costera, y la regulación de eventos extremos y riesgos naturales. Esta última función es especialmente relevante para Punta Soldado, donde el manglar actúa como barrera frente a la erosión costera y los efectos del cambio climático.

La erosión de la costa y la tala ilegal han dejado una marca visible en el paisaje. Donde antes había raíces densas y vivas, hoy quedan troncos secos. Frente a todo esto, sembrar mangle no es solo una práctica de restauración: es una respuesta concreta a la pérdida y una apuesta por el futuro. El barrial es, al mismo tiempo, el lugar donde el cuerpo aprende a moverse y a protegerse, donde el agua enseña cuándo entrar y cuándo esperar, donde las mujeres se reencuentran, descansan y nombran el mundo que habitan. Cuidarlo y restaurarlo nace del saber de las piangueras: construido en la práctica, transmitido entre generaciones y sostenido colectivamente.

3.

LA PIANGUA

Y LOS RETOS DE GOBERNANZA EN EL TERRITORIO

La piangua es mucho más que un recurso, es un molusco que ha conectado a las mujeres piangueras con diversas esferas sociales, económicas e institucionales. A través de su recolección —o extracción, según quien la practique y cómo— su comercialización y manejo, se relacionan tanto con actores locales comunitarios —como operadores turísticos, transportadores y restaurantes— y con instancias gubernamentales que formulan e implementan políticas públicas que inciden directamente en su actividad y en el territorio.

La piangua se configura entonces como un eje articulador de los retos y las oportunidades que atraviesan al manglar más allá de su rol ecológico. En particular, el pianguero abre una discusión mucho más amplia sobre el uso y manejo de la piangua y los manglares, que abarca temas estructurales como la limitada capacidad de vigilancia y control para la conservación y manejo sostenible, el acceso a la tierra, los vínculos desiguales con los mercados nacionales e internacionales y la marginalización de las mujeres en la toma de decisiones sobre su territorio. Este capítulo profundiza en esos retos, entendidos no solo como dificultades asociadas a la actividad extractiva, sino como dinámicas que se entrelazan con procesos sociales, económicos y políticos más amplios.

Presiones extractivas y degradación del territorio

La piangua es uno de los principales productos de la pesca artesanal para la seguridad alimentaria y la economía de comunidades afrodescendientes,¹² especialmente de las mujeres del litoral Pacífico colombiano. En Buenaventura, el pianguero se practica en diferentes comunidades rurales del municipio ubicadas en Naya, Bahía Málaga, Bazán Bocana, Mayorquín, Cajambre y Punta Soldado.¹³ Estas son zonas de vastos bosques de manglar donde habita la piangua. Como cuentan las mujeres piangueras de Punta Soldado, la abundancia de la piangua en los manglares se ha venido reduciendo significativamente.

¹² Pianguando - Estrategias para el manejo de la piangua" (Cartilla). INVEMAR, ASCONAR, WWF Colombia. cartilla_pianguando_web_2.pdf
¹³ EL "PIANGÜEO" DE MUJERES DEL PACÍFICO PODRÍA SER PATRIMONIO INMATERIAL DE LA HUMANIDAD | Portal CVC

“Yo por lo menos hace unos diez años me iba y yo no paraba más de tres o cuatro horas pianguando porque rapidito uno llenaba su balde y a veces ni las vendíamos. Solo era para comer, por eso es que mis hijos casi no comen piangua. Y ahora que necesito para vender, ya no hay más recursos. Ahora no hay... Cuando mucho, mucho, mucho uno coge, que quince, hasta dieciséis docenas. A veces saca ocho, saca cuatro, tres docenas porque están los raiceros...acabados.”



Canasta llena de pianguas recolectadas en el manglar de Punta Soldado. Foto: Johann Delgado.

La causa de la disminución de la piangua se atribuye a muchos factores tanto naturales como de origen humano. Las mujeres piangueras de Punta Soldado resaltan el papel de la sobreexplotación de la piangua por parte de otras piangueras que vienen de otras comunidades quienes, según las piangueras de Punta Soldado, no respetan las tallas mínimas ni los tiempos de descanso de la piangua.

La causa de la disminución de la piangua se atribuye a muchos factores tanto naturales como de origen humano. Las mujeres piangueras de Punta Soldado resaltan el papel de la sobreexplotación de la piangua por parte de otras piangueras que vienen de otras comunidades quienes, según las piangueras de Punta Soldado, no respetan las tallas mínimas ni los tiempos de descanso de la piangua.

“Tenemos un conflicto con los de la Contra, porque no respetan los tiempos de veda y nos quedamos sin piangua, no respetan nuestra zona. Ellas no escuchan. Una vez hicimos un taller con una señora Juanita de la CVC para aprender a respetarnos las zonas de cada uno pero eso no les importa.”

Existen esfuerzos de la autoridad ambiental para hacer un uso adecuado de las zonas de pianguero y respetar los límites tácitos entre territorios. No obstante, al tratarse de un recurso compartido en un territorio cuyos límites de propiedad y titularidad aún no son claros, la regulación de las prácticas extractivas sigue siendo un reto tanto para las autoridades comunitarias como para las ambientales. La abundancia de la piangua no sólo depende de las prácticas de extracción sino también del estado del manglar. Infortunadamente, este ecosistema se ha visto degradado debido a la tala de sus árboles, la contaminación y la erosión costera.

“El manglar es importante porque si no hay mangle no hay piangua, camarón, peces, porque todos se mantienen debajo de los manglares... Ahora la piangua es muy poca, antes me iba con un baldecito y lo traía full y ahora no traigo nada. Se ha bajado la producción, porque esa cortadera del mangle con la sierra ha afectado mucho.”

Uno de los retos más agudos que afronta el territorio es la tala indiscriminada del manglar dada la degradación que genera. Nancy lo explica con preocupación:

“Ellos cortan un palo y lo sacan, pero ni siquiera lo utilizan entero, la mitad se pudre en el barro y eso también les hace daño a las pianguas. Cuando tumban un palo, se mueren cantidades de árboles, pero ellos no entienden.”

El uso de sierras agrava el daño: el aceite, el aserrín y los residuos contaminan el manglar y afectan la piangua. La mayoría de quienes operan las sierras provienen de Buenaventura, pero la tala no sólo es realizada por personas externas. Breyner reconoce que algunos miembros de la comunidad facilitan el ingreso de madereros a cambio de favores o materiales:

“Ellos hacen su mancuca, su trueque. Porque llegan esas personas con una intención de aserrar madera, entonces dicen, voy a sacarle la madera para construirle su casa, y a raíz de ello aprovechan para sacar madera para uso comercial también.”

Mientras el reglamento interno de la comunidad permite la tala de manglar para uso ancestral, prohíbe expresamente la tala comercial. En este sentido, la falta de control comunitario y de conciencia territorial hace que muchos no perciban los efectos negativos de la tala ni la manera en que afecta el sustento colectivo. Breyner lo describe con claridad:

"La vaina es eso, es algo que no incluye a la comunidad, sino más bien es algo personal. Ellos están comercializando sus cosas y afectan a toda la comunidad. Sin vigilancia, ellos pueden hacer lo que les da la gana. Hay gente de la comunidad que no mira los procesos de restauración, sino que a veces apoyan a esas personas sin saber que están generando un problema en el territorio talando manglar."

Este vacío de control no es solo comunitario sino que también refleja las limitaciones del Estado. En Colombia existen diversas leyes y regulaciones para la protección del manglar, entre ellas la Ley 2243 de 2022 y la Resolución 1263 de 2018, que prohíben la comercialización de madera de manglar y además promueven la protección del mismo a través de estrategias de manejo y uso sostenible. Sin embargo, al navegar por los esteros de los manglares de Punta Soldado se evidencia una limitada capacidad de control y vigilancia debido al estado en el que se encuentra el bosque de manglar donde se observan troncos de manglares caídos y en proceso de descomposición.¹⁵

Implementar medidas de control eficaces en la práctica depende de la voluntad y articulación de las autoridades comunitarias con las diferentes instituciones competentes como la autoridad ambiental y la Armada. Esta última cumple un rol clave frente a la presencia de actores al margen de la ley, que pueden estar armados, y operan en el territorio.

A pesar del reconocimiento de estos retos, las mujeres piangueras deben lidiar cotidianamente con los efectos de este vacío de control, de la deforestación y la contaminación. Por un lado, la deforestación y la contaminación degradan directamente el manglar y la piangua. Por otro lado, su integridad está en riesgo debido a actores como los corteros ilegales, dispuestos a utilizar la violencia.



¹⁴ Manglar rojo talado en el estero Bodega. Foto: Jorge Luis Rocha.

¹⁵ Stefan Sorgé, Natalia Zapata Delgado, Camilo A. Romero Méra, Matilde Mosquera Murillo, Martha Liliana Salazar Ibarquén, Michel Sinisterra Vergara and Lucy Fernanda Mosquera. Piangueras: guardians of the mangroves. 1.1-Piangueras-guardians-of-the-mangrove-in-the-Colombian-Pacific-TF163.pdf

Además, la demanda comercial de la madera de manglar en el Distrito de Buenaventura —dada su gran resistencia a la humedad y las mareas— alimenta flujos comerciales informales difíciles de rastrear. La madera sale del territorio a precios bajos y se revende con márgenes mucho mayores fuera de la comunidad. Sin acceso directo al mercado, la comunidad no puede negociar precios ni condiciones, de modo que los beneficios se concentran en manos de intermediarios externos. Como resume Breyner:

“Los materiales de las casas, eso no es mucha madera. Lo que ellos venden son unos buenos metros que ellos sacan de allá del manglar para llevar al puerto.”

Este vínculo entre tala y comercio evidencia cómo el manglar se ha insertado en mercados y circuitos ligados al consumo y la construcción en otros territorios de manera informal. La madera cortada en Punta Soldado termina en viviendas o negocios fuera del territorio, dejando atrás un manglar degradado y una comunidad que no ve los beneficios de ese comercio. Un recurso que se extrae desde adentro, pero cuyo valor se define y acumula afuera.

El manglar en las agendas globales de clima y biodiversidad

Aunque nace de la práctica cotidiana y el arraigo al territorio, el trabajo de conservación que adelantan las piangüeras de Punta Soldado se conecta directamente con compromisos globales frente al cambio climático y la pérdida de biodiversidad.

En el marco de la política climática global —especialmente en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y el Acuerdo de París— los manglares son reconocidos como ecosistemas clave dentro de las Soluciones basadas en la Naturaleza (SbN). Su conservación es vista como una estrategia efectiva tanto para mitigar el cambio climático como para adaptarse a sus impactos.

En términos de mitigación, los manglares destacan por su capacidad para capturar y almacenar grandes cantidades de carbono, tanto en su biomasa (raíces, troncos, hojas) como en el suelo en el que se encuentran asentados. El carbono almacenado en manglares y otros ecosistemas marinos y costeros

se le denomina carbono azul. Los manglares del Pacífico son particularmente claves en esta tarea puesto que almacenan entre tres y cuatro veces más carbono por hectárea que los bosques tropicales terrestres.¹⁶ Por otro lado, los manglares aportan a la adaptación de las comunidades frente al cambio climático ya que son barreras naturales que protegen las costas de la erosión y las tormentas, posicionándose como aliados estratégicos para la resiliencia de poblaciones costeras.

En la política de biodiversidad, los manglares están implicados en varias metas del Marco Global de Biodiversidad de Kunming-Montreal, como la restauración de ecosistemas degradados (Meta 2), la conservación de áreas con alto valor ecológico (Meta 3) y el uso sostenible de la biodiversidad (Meta 10).

Así, los esfuerzos locales por cuidar y restaurar el manglar en Punta Soldado y otras áreas del Pacífico colombiano se inscriben en una agenda global que reconoce el valor ecológico, climático y social de estos ecosistemas.

Invisibilización de las mujeres en la toma de decisiones

Debido a su profunda conexión con el manglar, las mujeres piangüeras han sido las principales promotoras de su conservación, manejo sostenible y restauración. Las piangüeras han sido actores clave en los procesos de monitoreo y pioneras en la implementación de viveros de mangle nato y mangle rojo para su restauración. No obstante, los espacios de toma de decisiones sobre el territorio, y por ende al manejo de los manglares, han sido ocupados principalmente por hombres, en una dinámica donde los roles de género arraigados limitan las oportunidades de liderazgo de las mujeres, siendo ellas las que deben enfocarse en el cuidado del hogar y la comunidad.¹⁷ Nancy expresa su frustración ante la exclusión que enfrentan las mujeres piangüeras:

¹⁶ Tres datos sobre cómo nuestros ecosistemas mitigan el cambio climático | WWF

¹⁷ Frontiers | Unveiling Women's Roles and Inclusion in Mexican Small-Scale Fisheries (SSF)



**“
Cuando una no tiene la fuerza o no tiene el poder, nadie lo mira, escucha o entiende, eso a veces me llena de impotencia fea, pero me toca como quedarme quieta y no hacer nada
”**

Aunque las decisiones comunitarias se toman en asamblea, las mujeres piangueras no siempre están presentes en igualdad de condiciones. A pesar de su importante labor como gestoras y conecedoras del manglar –que se distribuye casi en la totalidad del territorio– su trabajo como piangueras y cuidadoras del manglar se ha visto invisibilizado en estos espacios colectivos donde priman las discusiones sobre otros problemas “más importantes” para la comunidad. Como señala Nancy:

“La comunidad lo ve a uno como si uno no pudiera representarlos, como si uno no pudiera hacer las cosas. No hay apoyo, lo ponen como el cero a la izquierda”.

Esta situación se traduce en un problema de gobernanza, donde se minimizan los retos vividos por las mujeres piangueras y se dificulta la generación y/o implementación efectiva de reglas a nivel local que permitan garantizar la conservación del manglar, la piangua y los demás recursos que allí se albergan. Breyntner resalta que, aunque las piangueras protestan por el cuidado del manglar, su voz no tiene el peso suficiente para incidir en las decisiones:

17

“Las piangueras siempre están todas ahí y protestan por el cuidado (del manglar) porque se está escaseando la cantidad de la piangua y se está muriendo y que no se talen más los árboles.”

Este problema es una contradicción profunda: las mujeres piangueras son quienes sostienen el manglar con su trabajo, conocimiento y cuidado cotidiano, pero su voz sigue marginada en los espacios donde se toman las decisiones sobre el territorio y su propio sustento. Su presencia, aunque central para la vida de la comunidad, no se traduce en poder para influir en la creación de normas o acuerdos que definen el futuro del manglar y sus recursos.

“Las piangueras siempre están todas ahí y protestan por el cuidado (del manglar) porque se está escaseando la cantidad de la piangua y se está muriendo y que no se talen más los árboles.”

Este problema es una contradicción profunda: las mujeres

piangüeras son quienes sostienen el manglar con su trabajo, conocimiento y cuidado cotidiano, pero su voz sigue marginada en los espacios donde se toman las decisiones sobre el territorio y su propio sustento. Su presencia, aunque central para la vida de la comunidad, no se traduce en poder para influir en la creación de normas o acuerdos que definen el futuro del manglar y sus recursos.

Esta situación no sólo ocurre a nivel comunitario, sino a nivel de país. A pesar del reconocimiento de las mujeres piangüeras como guardianas del manglar y al piangüeo como una práctica merecedora de ser declarada como patrimonio inmaterial de la humanidad, sus necesidades han sido apenas incorporadas en la formulación de políticas públicas. Apenas en 2025 se propuso el proyecto de ley Mujeres Piangüeras, que busca la protección y el reconocimiento de la práctica ancestral del piangüeo y el mejoramiento de las condiciones socioeconómicas de las piangüeras del país. Hasta la fecha este proyecto aún se encuentra en discusión en el Congreso de la República.

Este es el resultado de múltiples luchas de organizaciones de piangüeras a lo largo del Pacífico colombiano. Esas luchas han evidenciado que al excluir a las piangüeras, el territorio pierde no solo su experiencia y conocimiento, sino también la oportunidad de construir estrategias legítimas que respondan a sus necesidades reales como agentes clave para la conservación los manglares, la piangua y sus medios de vida asociados.

Tensiones y conflictos por el uso del territorio

Los manglares, la piangua y otros recursos asociados son bienes de uso común: disponibles para el uso de todas las personas de la comunidad, pero mediados por las directrices del Estado y los reglamentos internos de las comunidades. En Punta Soldado, el reglamento prohíbe la tala de manglar para uso comercial y promueve la recuperación de especies de interés como la piangua a través de los tiempos de descanso. Sin embargo, uno de los principales retos es la falta de cohesión interna asociada a la tensión constante entre intereses individuales y colectivos, que debilita la capacidad de la comunidad para tomar decisiones efectivas sobre el cuidado del manglar y el territorio. Nancy lo resume así:

"Varias personas cogen las cosas, las desbaratan y ven no más como se les llena el bolsillo ahora y suerte con el resto."

Esta fragmentación se refleja en la baja participación en iniciativas de interés colectivo en pro de la conservación del territorio, la mitigación y adaptación frente al cambio climático como la siembra de mangle, que suele convocar a no más de siete personas. Breyner lo explica:

2

"La siembra de mangle siempre ha sido en grupitos pequeños, son pocos los actores que promueven el cuidado y la conservación grupal."

La restauración del manglar ha sido una actividad impulsada dentro de la comunidad por el grupo de sembradores de mangle, integrado principalmente por mujeres piangüeras y otros miembros de la comunidad. Además, es una iniciativa que es apoyada por diferentes organizaciones gubernamentales y no gubernamentales como CVC y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), quienes generan incentivos a las personas involucradas en los procesos de conservación y restauración del manglar. Sin embargo, en un contexto marcado por tensiones entre intereses individuales y colectivos su sostenibilidad depende de la capacidad de la comunidad para fortalecer la cohesión interna y consolidar mecanismos de acción colectiva. De lo contrario, estas iniciativas tienden a mantenerse fragmentadas, con alcances limitados frente a la magnitud de los desafíos del territorio. En este sentido, Breyner insiste en la importancia de ampliar y fortalecer la participación comunitaria:

"Si fuera la gran mayoría se obtendría más fuerza, habría guardabosques y áreas, digamos, intocables."

Para Breyner, la falta de cohesión también se debe al bajo reconocimiento del territorio como bien colectivo. Para él, es crucial que la comunidad se capacite y comprenda los procesos ecológicos con el fin de promover la valoración del manglar como base de su sustento y de su autonomía:

"Que sepan bien de las afectaciones de la tala de mangle, de la sacada de piangua, por gente externa, para que así tengan ese dominio y autonomía."

No obstante, no sólo el bajo reconocimiento del manglar como bien colectivo responde a una falta de conciencia individual sino a la convergencia de factores educativos y estructurales que condicionan las decisiones de uso del territorio. La educación ambiental emerge como un elemento clave para fortalecer la comprensión del manglar como un sistema socioecológico del que dependen no solo los medios de vida actuales, sino también la sostenibilidad futura de la comunidad. Sin embargo, estos procesos formativos,

por sí solos, resultan insuficientes si no se abordan las condiciones materiales que limitan la capacidad de las personas para tomar decisiones.

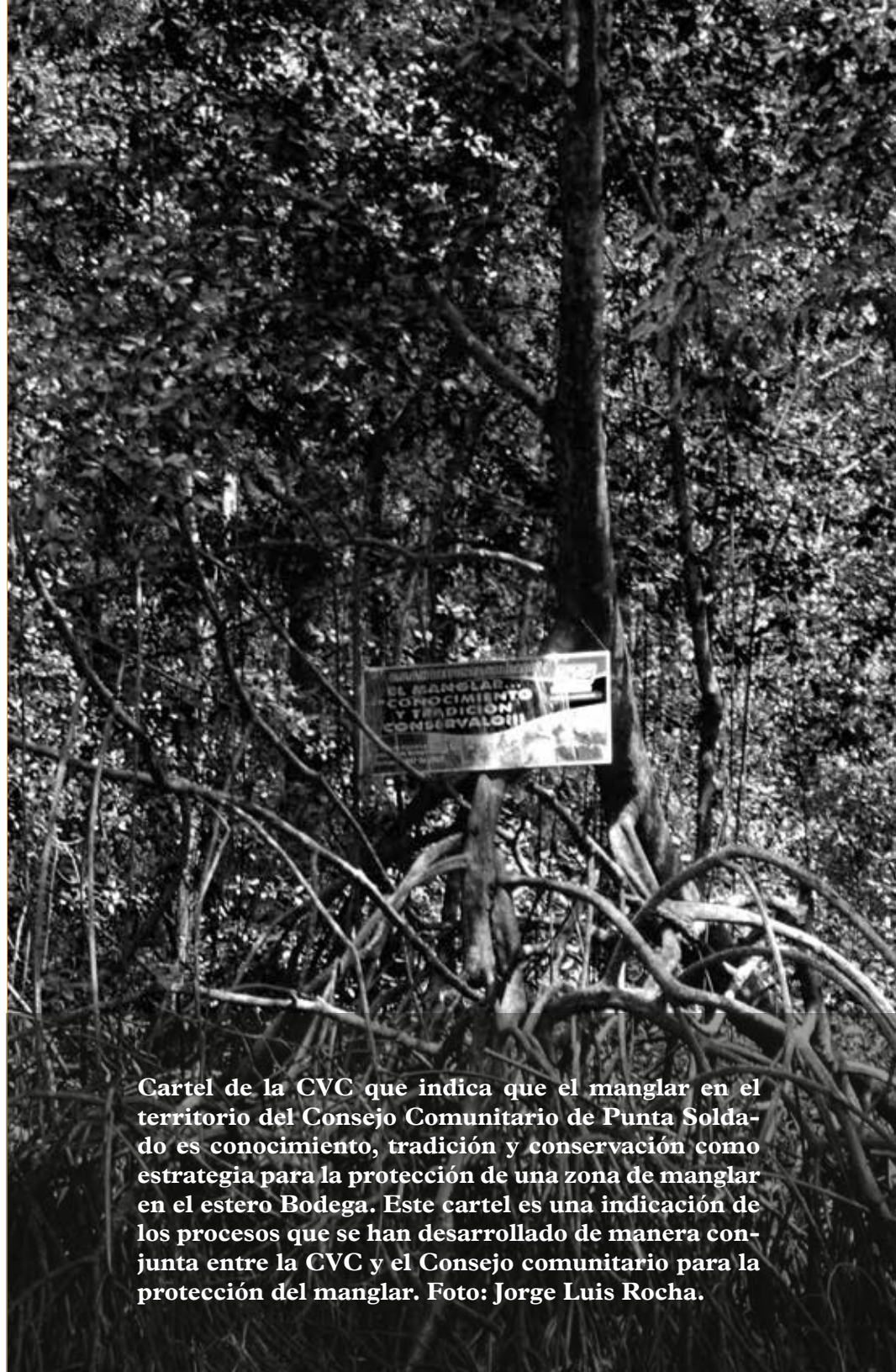
En este sentido, la persistencia de prácticas extractivas intensivas que resultan en conflictos por el territorio, está estrechamente vinculada a la falta de alternativas económicas viables. Cuando el manglar representa una de las pocas fuentes disponibles de ingreso, las decisiones tienden a priorizar beneficios inmediatos, incluso a costa de la sostenibilidad del recurso. Esto indica que el problema no es únicamente de voluntad o conocimiento, sino de restricciones estructurales que reducen el margen de acción y la agencia de la comunidad.

Las tensiones por el uso del territorio no se limitan al interior de la comunidad, tanto los manglares como la piangua y otros recursos asociados, se encuentran en disputa con algunas comunidades vecinas, específicamente con la comunidad de Las Contrás debido a la falta de acuerdos claros sobre la delimitación y uso del territorio entre el Consejo Comunitario de Punta Soldado y el Consejo Comunitario Mayor del Río Anchicayá quienes comparten territorio de la isla de Punta Soldado. A pesar de que se encuentran allí, ninguna de las dos comunidades cuenta actualmente con un título que acredite la pertenencia del territorio en cuestión como de su propiedad. Sin embargo, se ha establecido una organización tácita del uso del territorio, Nancy menciona algunas de las zonas destinadas al piangüeo por parte de los miembros de la comunidad de Punta Soldado:

“Nosotros aquí en Punta Soldado tenemos sus partes. La parte de la punta, la zona sur, donde la piangua es más pesada, la parte norte, allá en el faro; también está estero Hondo, Bodega grande y Bodeguita.”

Según los testimonios de las piangueras de Punta Soldado, las mujeres de Las Contrás solían recolectar piangua en su propio territorio, pero ahora se han adentrado en zonas gestionadas históricamente por las piangueras de Punta Soldado. Esta situación es resultado tanto de la falta de claridad sobre la pertenencia del territorio como de la ausencia de acuerdos con comunidades vecinas, lo que dificulta la implementación de medidas de conservación. Nancy lo explica:

“Nosotras aplicamos vedas, pero cuando las vecinas vienen durante ese tiempo, parece que no estuviéramos haciendo nada. Nosotros hacemos un criadero bueno de piangua y las compañeras vecinas se nos meten. Ese es el único problema.”



Cartel de la CVC que indica que el manglar en el territorio del Consejo Comunitario de Punta Soldado es conocimiento, tradición y conservación como estrategia para la protección de una zona de manglar en el estero Bodega. Este cartel es una indicación de los procesos que se han desarrollado de manera conjunta entre la CVC y el Consejo comunitario para la protección del manglar. Foto: Jorge Luis Rocha.

Breyner agrega:

“Es un reto súper grande dentro de la comunidad, que vengan personas de comunidades aledañas para extraer la piangua.”

La resolución de estos conflictos por el uso del territorio requiere avanzar hacia procesos de concertación que trascienden los límites comunitarios y permitan construir acuerdos claros, legítimos y compartidos entre los actores interesados. Esto implica fortalecer la cohesión interna y la acción colectiva en Punta Soldado, así como esclarecer la titularidad de la tierra del Consejo y establecer mecanismos de diálogo y coordinación con comunidades vecinas que garanticen el respeto a las reglas de manejo del recurso, como las vedas y los tiempos de descanso. En este proceso, el acompañamiento activo de entidades como la CVC y la Autoridad Nacional de Acuicultura y Pesca (AUNAP) es fundamental para facilitar espacios de concertación y apoyar los mecanismos de vigilancia y control, en articulación con la gobernanza étnico-territorial.

Asimismo, resulta fundamental reducir la presión sobre la piangua mediante iniciativas que valoricen esta actividad como una práctica ancestral, de alto valor para las mujeres y que promuevan la diversificación de su cadena de valor. Esto permitiría generar mayores beneficios sin intensificar la extracción, disminuyendo los incentivos que profundizan los conflictos y favoreciendo una relación más sostenible con el recurso en el mediano y largo plazo.

La propiedad de la tierra en Punta Soldado

El conflicto por el uso del territorio entre las mujeres piangueras de Punta Soldado y de Las Contrás está estrechamente vinculado a la disputa sobre la propiedad de la tierra, aún sin resolver. Desde hace varios años, el Consejo Comunitario de la Comunidad Negra Punta Soldado se encuentra en un proceso con la Agencia Nacional de Tierras para la titulación de una porción de la isla como territorio colectivo. La Junta del Consejo inició entonces negociaciones con la familia Navia, a quienes pertenecen las 1,384 hectáreas de extensión que tiene la isla. Esta negociación tuvo como objetivo la adquisición de predios por medio del INCODER (ahora la Agencia Nacional de Tierras) para, posteriormente, obtener el título de propiedad colectiva.

Actualmente, el Consejo Comunitario de Punta Soldado cuenta con unas escrituras a su nombre que le adjudican 173 hectáreas en la zona sur de la isla y espera poder adquirir una área adicional para su titularidad. Sin embargo, parte del área consignada en las escrituras y que ha sido propuesta para la titulación colectiva presenta un recurso de reposición por parte del Consejo Mayor del Río Anchicayá debido a que en ella se encuentra asentada la comunidad de Las Contrás –que hace parte de este consejo– quienes también hacen uso de parte del territorio en cuestión. Se configura así una situación en la que estos dos Consejos Comunitarios reclaman propiedad y jurisdicción sobre una misma zona de la isla.

De acuerdo con el Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos, la solicitud de titulación colectiva de tierras baldías ocupadas y usadas ancestral y tradicionalmente por la comunidad de Punta Soldado ya agotó las etapas procesales, aún se encuentra pendiente la concertación de linderos entre los dos Consejos, así como la aclaración de las áreas adquiridas a la familia Navia.¹⁹

¹⁹ Observatorio de Territorios Étnicos y Campesinos (2020). Consejos Comunitarios:Ficha para sistematización de información Punta Soldado.



Brechas de la cadena de valor de la piangua

La piangua es parte vital del ecosistema de manglar y, dentro de la comunidad representa el sustento y alimento de múltiples familias. Sin embargo, una vez que sale del territorio, inicia un recorrido que transforma su valor, a través de la entrada a un mercado más amplio donde su precio comienza a crecer conforme pasa de mano en mano. En Punta Soldado, la piangua se vende principalmente por docenas, con concha, y su consumo es sobre todo en los hogares, especialmente durante Semana Santa. Nancy lo cuenta así:

“En Semana Santa se vende más piangua porque la gente la consume mucho para los tamales. Se pone carísima la libra y la docena. Ahí, es cuando uno más aprovecha.”

Otra parte de la piangua recolectada viaja a Buenaventura. A diferencia del producto vendido dentro de la comunidad, la piangua se desconcha para aligerar su peso y facilitar el transporte y venta en Buenaventura, tarea que asumen alguna de las compañeras. Este proceso conlleva costos adicionales como el del combustible y el empaquetado, sin considerar el tiempo adicional que lleva desconchar la piangua.

“Uno la mete al frío y uno las manda con la compañera que dice, voy a ir para Buenaventura a vender, y pues le cobran la gasolina.”

Una vez en Buenaventura, la piangua ya no se vende por docena sino por libras. a pianguera encargada la vende a las platoneras —vendedoras de pescado en la galería del mercado— y pesqueras, quienes la revenden a restaurantes, alojamientos y particulares. Las múltiples manos por las que pasa la piangua generan una diferencia notable entre lo que reciben las piangueras y lo que ganan los intermediarios, como lo señala Nancy:

“Ellas le dicen a uno: estamos comprando a tanto por la piangua, y usted da la vuelta y cuando regresa la están vendiendo carísima. La última vez vendí en 16 mil la libra y ellas estaban vendiendo a 30 mil, a 28 mil. Cuando es semana santa la venden a 30, a 32 mil la libra.”

El mercado de la piangua funciona como cualquier otro: al aumentar la oferta, el precio suele disminuir cuando la demanda se mantiene estable. En este sentido, también incide la competencia con piangueras de otras comunidades que recolectan más del producto, aumentando la oferta:

“Ahora la están vendiendo a 26 (mil pesos) porque están trayendo mucha piangua de La Plata, Papayal. Toda esa gente lleva mucha piangua de por allá, entonces, cuando se aumenta así, se pone demasiado barata.”

Para Breyner, la piangua está desvalorizada en comparación con el esfuerzo que implica recolectarla:

“La piangua en su totalidad siempre ha estado como desvalorizada. Se necesita que ese producto tenga un valor más viable porque es muy económico y es mucho el trabajo, el sacrificio, el esfuerzo que se hace para sacar la piangua.”

Vale la pena subrayar que el pianguero es una práctica ancestral reconocida a nivel nacional. Esta actividad encierra un conjunto de saberes transmitidos de generación en generación, así como expresiones orales, usos sociales y tradiciones que permanecen vigentes y que configuran un valor agregado de carácter intangible. Este valor, profundamente ligado a la identidad cultural y al territorio, debería ser incorporado y visibilizado en los procesos de comercialización, de modo que no solo se remunere el producto en sí, sino también el conocimiento y la historia que lo sostienen.

Sin embargo, en el tránsito de la piangua —del manglar a la casa, del fogón al mercado, de la comunidad a Buenaventura— este valor rara vez es reconocido en su totalidad. Más que una simple cadena de valor, lo que emerge es una red de relaciones y procesos sobre los cuales las piangueras tienen un control limitado: los precios son fijados por terceros, las ganancias no se distribuyen de manera equitativa y el trabajo, el conocimiento y la tradición que sustentan la actividad permanecen subvalorados. Así, aunque gran parte del valor de la piangua se origina en el territorio a partir del trabajo y saber de las mujeres, su precio final se define y se multiplica fuera de él, concentrando los beneficios en otros actores. Frente a esta desigualdad, el turismo comunitario se presenta como una oportunidad para resignificar la actividad, al valorizar la piangua desde lo local, fortalecer la autonomía de las piangueras y transformar el vínculo con el manglar en una experiencia compartida que contribuya a la sostenibilidad del territorio en el largo plazo.

La red de la piangua en Punta Soldado



La red de la piangua y el manglar de Punta Soldado.

Ilustración a partir de ejercicio realizado en un espacio generado con mujeres piangueras en Punta Soldado el 29 de junio de 2024.



Transporte y aislamiento: una barrera para el turismo comunitario

La falta de rutas de transporte regulares que conecten Punta Soldado con el muelle turístico de Buenaventura es uno de los principales obstáculos para la llegada de turistas a la isla. A diferencia de otros destinos en la región, como La Bocana, Piangüita, Juanchaco, Ladrilleros y La Barra, que cuentan con rutas regulares y promocionados como destinos de playa en la región, las rutas entre Punta Soldado y el muelle turístico funcionan de manera variable y no hacen parte de la oferta regular. La ausencia de estas rutas, y por ende la falta de visibilidad de la isla para los turistas que llegan a Buenaventura para visitar las playas de la región, afecta directamente los objetivos de turismo comunitario que la comunidad se ha trazado.

Para Breyner, el desarrollo del turismo comunitario en Punta Soldado empieza por tener una ruta de transporte que conecte directamente a la comunidad con Buenaventura. Esto implica la creación de alianzas con empresas de transporte para que haya una ruta fija entre Buenaventura y Punta Soldado que facilite la llegada de visitantes a la isla. Asimismo, la Secretaría de Turismo de Buenaventura tiene un papel clave para facilitar el establecimiento de esa ruta.

Una ruta fija entre Punta Soldado y Buenaventura no solo mejoraría la conectividad, sino que también facilitaría el acceso al potencial económico del turismo y ayudaría a la comunidad a cumplir sus objetivos de desarrollo sostenible, relacionados tanto con el manglar como con la promoción de sus tradiciones.

La piangua y el manglar de Punta Soldado están conectados con muchos aspectos de la vida en el territorio. En el centro aparece el manglar, que es la base de todo: de allí no solo se obtiene la piangua, sino también otros recursos como el camarón, el piacuil y el pescado, que son fundamentales para la alimentación de la comunidad. Además, el manglar provee madera (leña), que se utiliza en la vida diaria, tanto para cocinar como para construir viviendas e infraestructura local.

Las mujeres piangüeras tienen un papel central en esta red. Son quienes recolectan la piangua y, a través de su trabajo, conectan el manglar con la economía, la cultura y la alimentación. La piangua no es solo un producto que se vende; también hace parte de la cocina local para consumo interno o para el turismo, así como de las prácticas que sostienen la vida en la comunidad.

A partir de su recolección, la piangua sigue distintos caminos. Una parte se queda en el territorio para el consumo local, contribuyendo a la seguridad alimentaria, y otra se vende a través de intermediarios que la llevan a Buenaventura e incluso a mercados más lejanos. En este recorrido participan diferentes actores —transportadores, platoneras y otros—, y muchas veces las decisiones sobre el precio o las ganancias no están en manos de las piangüeras.

Se destaca la presencia de instituciones como la CVC, que apoyan procesos de restauración del manglar, por ejemplo, a través de viveros o asistencia técnica. Al mismo tiempo, aparecen actores que generan presión sobre el ecosistema, como los aserradores ilegales, que extraen madera para comercializar degradando poco a poco el manglar.

También se incluyen las comunidades vecinas, que comparten el territorio y sus recursos, lo que implica relaciones que pueden ser tanto de colaboración como de conflicto. Por otro lado, los turistas aparecen como un actor emergente, relacionado con el turismo comunitario, que abre nuevas posibilidades para valorar la piangua, la gastronomía y el conocimiento local.

La piangua y el manglar no son sólo recursos naturales, sino el centro de una red de relaciones que conectan la naturaleza con la vida diaria, la economía, la cultura y las decisiones sobre el territorio. Todo está interrelacionado: lo que ocurre en el manglar afecta a la comunidad, y las decisiones que toma la comunidad también impactan el manglar.

A black and white photograph of a person in a white shirt carrying a large log through a dense mangrove forest. The person is seen from behind, walking through the thick network of roots and branches. The scene is dimly lit, with light filtering through the canopy.

4. LOS CAMINOS A SEGUIR: OPORTUNIDADES

La labor de las mujeres piangüeras —fundamental para sostener el manglar, la piangua y la vida en Punta Soldado— requiere ser reconocida, valorada y fortalecida mediante condiciones que aseguren su continuidad. Frente a los desafíos expuestos en los capítulos anteriores, este capítulo presenta un conjunto de oportunidades que emergen desde el territorio y se articulan como una estrategia para promover la sostenibilidad del manglar, la piangua y la práctica del piangueo.

Estas oportunidades no constituyen respuestas aisladas ni recetas externas. Surgen de la experiencia, el compromiso y la voz de las propias piangüeras, y abarcan dimensiones económicas, organizativas, políticas y territoriales. Su potencial radica en su carácter interconectado donde cada una refuerza a las demás y, en conjunto, abren la posibilidad de imaginar y construir formas de habitar y cuidar el territorio desde la vida cotidiana.

OPORTUNIDAD 1: VALORIZACIÓN DEL TRABAJO Y DEL TERRITORIO

La creación de oportunidades económicas es clave para garantizar la sostenibilidad del manglar, la piangua y la vida de la comunidad de Punta Soldado. Para las mujeres piangueras, sembrar mangle es una forma de cuidar el territorio y asegurar que la piangua siga existiendo para futuras generaciones. Pero para que esa labor se mantenga, debe ser también viable económicamente.

Para Nancy, sembrar mangle es una forma de cuidar lo que otros destruyen:

Los corteros tumban en un lado y uno trabaja para que el mangle siga surgiendo, para que no se acabe, explica.

Aunque algunos consideran que es un trabajo menor, ella insiste en su valor:

Sembrar el mangle es para cuidar nuestros recursos. Cada árbol plantado, dice, es una vida más, más oxígeno.

Las piangueras han intentado combinar conservación y sustento, como en los esfuerzos de resiembra del machare, aunque la tierra no siempre respondió como esperaban. Estas iniciativas muestran que el cuidado del manglar no puede depender solo de la voluntad colectiva: requiere incentivos sostenibles que permitan vivir del cuidado.

Breyner lo resume así: **Lo que queremos es conservar los manglares, pero falta que las mujeres puedan tener alguna actividad económica que también les beneficie. Es necesario que esto no se vea como una ayuda, sino como una oportunidad.**

Algunos incentivos se han aplicado de manera puntual por medio de la articulación con la CVC y organizaciones no gubernamentales como la FAO entre otras, donde, a través de proyectos ejecuta-

dos por estas entidades se promueve la restauración de los manglares de manera participativa, generando una remuneración por esta labor al grupo de sembradores involucrados en estos procesos. En particular, la recuperación de especies clave como el mangle nato es una de esas iniciativas con la CVC que tienen el potencial de generar mayores ingresos para las sembradoras en un mediano plazo. Adicionalmente, Breyner menciona una oportunidad interesante como lo es el desarrollo de iniciativas REDD+ o bonos de carbono que permitan generar ingresos a partir de la conservación y restauración del bosque de manglar en la isla como estrategia de mitigación –y adaptación– al cambio climático:

“Si las mujeres se pudieran vincular con la CVC el trabajo sería excelente. También puede ser algo como el tal bono de carbono. Con eso es lo que pagan unos guardabosques allá en la comunidad de La Plata (en Bahía Málaga)” comenta Breyner

Bonos de carbono ¿alternativa para la financiación?

Los proyectos de bonos de carbono —incluyendo mecanismos como REDD+ —son instrumentos financieros que buscan compensar la reducción o captura de emisiones de gases de efecto invernadero mediante la conservación y/o restauración de ecosistemas estratégicos. En este marco, los manglares han cobrado especial relevancia por su alta capacidad de almacenamiento de carbono, lo que posiciona a estas iniciativas como una oportunidad potencial de financiamiento para pueblos indígenas y comunidades locales que lideran procesos de conservación.

No obstante, su implementación exige el cumplimiento de requisitos técnicos, legales y administrativos estrictos, entre los que destaca la claridad en la titularidad de la tierra. En este sentido, el avance en la titulación colectiva del territorio en Punta Soldado resulta clave para acceder a este tipo de mecanismos y diversificar las fuentes de ingreso más allá de las actividades extractivas.

Sin embargo, esta situación no solo evidencia un desafío local, sino que pone de manifiesto una problemática estructural más amplia relacionada con el limitado apoyo estatal a los Consejos Comunitarios de comunidades negras en Colombia. Aunque la Ley 70 de 1993 reconoce su autonomía y promueve la adjudicación de tierras de uso colectivo, no establece de manera suficiente las condiciones para garantizar un ejercicio efectivo y equitativo del gobierno propio.

En la práctica, esto se traduce en que muchos liderazgos comunitarios asumen estas responsabilidades de forma voluntaria, gestionando recursos a través de proyectos, consultas previas u otros mecanismos de financiación. Iniciativas como los bonos de carbono, si bien representan una oportunidad, también pueden trasladar desproporcionadamente la carga de la conservación a las comunidades, cuando esta debería ser una responsabilidad compartida con las autoridades ambientales y demás instituciones públicas y privadas involucradas en la gestión del territorio.

Por otro lado, el turismo comunitario también aparece como una alternativa para conectar la conservación del territorio y la generación de ingresos. Breyner menciona la iniciativa que se tiene con un grupo de jóvenes para la protección de las aves a través del turismo y el monitoreo comunitario. En específico, se propende por la protección de una especie de ave playera migratoria que se encuentra en estado crítico de vulnerabilidad y anida en las playas de Punta Soldado el *Anarhynchus wilsonia*, o localmente llamado chorlito piquigrueso.²²

"Conservar esa especie, que se mantenga y se esté reproduciendo más frecuente, pasa por cuidar también el manglar."

Este tipo de procesos ayudan a preservar la biodiversidad y además, también ofrecen nuevas oportunidades económicas para la comunidad a través del ecoturismo y la educación ambiental.

Así, es fundamental generar una estrategia integral que promueva la diversificación económica a través del fortalecimiento de capacidades locales, las conexiones con otras fuentes de financiamiento y a su vez incentivos para la transición de prácticas extractivas hacia dinámicas de sostenibilidad en el mediano y largo plazo.

Las aves en Punta Soldado y la generación de ingresos para cuidar el manglar

La conservación de la piangua y especialmente los manglares también protege a otras especies, como las aves migratorias que habitan este ecosistema, así como las playas y planos lodosos. **"Cada día van llegando más aves migratorias a la isla, aves playeras como el *Anarhynchus wilsonia*, (aves) de bosque tropical y también de manglares. Contamos con una isla biodiversa"**.

Además del *Anarhynchus wilsonia*, existen múltiples especies de aves playeras migratorias que se han avistado en la isla como las del género *Calidris* y *Charadrius* – como *Calidris mauri*, *Calidris alba* y *Charadrius nivosus*, el ostrero americano (*Haematopus palliatus*), las tringas y los chorlones. En el manglar se destaca el colibrí amazilia (*Chrysuronia humboldtii*) asociado principalmente al mangle piñuelo, algunas especies de bosque como el tucán (*Ramphastos brevis*) y los trogones (*Trogon massena*).

Esta gran diversidad ha generado un creciente interés por el avistamiento de aves ya que le ha permitido tanto a las mujeres como a los jóvenes de la comunidad imaginar una nueva fuente de ingresos asociada a la protección de las aves, los manglares y la playa. Como señala Breyner:

"Nosotros hoy podemos contar eso en la plataforma de eBird. Tenemos ya muchos registros de aves, aproximadamente 128 especies encontradas en la isla, pero aún siguen apareciendo más. Entonces hoy podemos optar por ese producto para generar una base de recursos para la conservación de todo el territorio."

²² Wilson's Plover (*Anarhynchus wilsonia*). <https://birdsoftheworld.org/bow/species/wilplo/cur/introduction?lang=es>



Martín pescador en el manglar de Punta Soldado. Foto: Sebastián Montoya Calle.

El mercado global del turismo de avistamiento de aves fue valorado en aproximadamente 63 billones de dólares en 2023 y se proyecta un crecimiento del 6.2% anual, alcanzando los 95 billones en 2030. En 2017, un estudio de Conservation Strategy Fund estimó que más de 278,000 observadores de aves de Estados Unidos estarían interesados en visitar Colombia, lo que podría generar una ganancia anual de 9 millones de dólares y crear 7,516 nuevos empleos.²³

Para las piangueras, este tipo de turismo representa una posibilidad concreta de diversificar su economía sin abandonar su rol como cuidadoras del manglar. Conservar las aves también puede ser una forma de conservar su propio territorio y su forma de vida.

23 Grand View Research. (2023, December 11). Birdwatching tourism market size and share report, 2030. Grand View Research. <https://www.grandviewresearch.com/industry-analysis/birdwatching-tourism-market-report>
24 Pons, P. R., & González, J. D. (2017). The value of bird-watching tourism in postconflict Colombia. SAGE. Open, 7(3), 1-9. <https://doi.org/10.1177/1940082917733862>



Chorlito piquigrueso (*Anarhynchus wilsonia beldingui*) en manglar en proceso de regeneración natural en Punta Soldado. Foto: Sebastián Montoya Calle

Oportunidad 2: Tejer comunidad para sostener el territorio.

Muchos de los conflictos en Punta Soldado tienen un trasfondo común: la falta de cohesión interna. Aunque existen personas y grupos profundamente comprometidos —como las mujeres piangüeras—, los esfuerzos por el cuidado del manglar y del territorio continúan siendo fragmentados y, en ocasiones, desarticulados. Breyunner insiste en que no basta con acciones puntuales o aisladas; es necesario construir una mirada colectiva del territorio que permita priorizar, coordinar y sostener las acciones en el tiempo:

“Se necesita examinar todo el territorio y ver las áreas donde realmente se necesita que se recupere el manglar más pronto y también las especies que han sido de una u otra forma afectadas”, explica.

Sin una base comunitaria sólida y transversal, incluso los proyectos mejor diseñados corren el riesgo de diluirse. En este contexto, la sensibilización no es únicamente una herramienta pedagógica, sino un proceso clave para tejer comunidad puesto que permite construir sentidos compartidos sobre el valor del manglar, fortalecer la corresponsabilidad en su cuidado y articular esfuerzos que hoy operan de manera dispersa. Como señala Breyunner:

“Darles a conocer la importancia de los mangles, qué significa para nosotros, su vitalidad: esa es la tarea y el reto a la vez, que esperamos muy pronto lograr y hacer realidad, porque Punta Soldado, para ser sincero, no aguanta otro sistema de talado.”

Este fortalecimiento del tejido social también es fundamental para enfrentar presiones externas sobre el territorio, como la tala indiscriminada del manglar. Para Breyunner, el empoderamiento comunitario no se limita al conocimiento, sino que implica la capacidad de ejercer control territorial y hacer cumplir los acuerdos colectivos:

“Eso se necesita para que las personas sean capaces de decirle a los cerreros: ‘yo no necesito tanta madera, y esa madera que yo no necesito usted no la va a sacar’. Si nadie es vigilante de esas cosas, ellos hacen lo que les da la gana.”

En este sentido, la educación ambiental se convierte en una herramienta estratégica que trasciende la transmisión de información. Se trata de un proceso integral que fortalece el vínculo emocional, cultural y político con el territorio, y que debe construirse desde la cotidianidad: a través de reuniones comunitarias, talleres participativos y espacios intergeneracionales que involucren a niñas, niños, jóvenes y personas adultas.

Al mismo tiempo, tejer comunidad implica avanzar hacia formas más inclusivas y equitativas de participación, reconociendo y fortaleciendo el liderazgo de las mujeres piangüeras y de otros actores clave en la gobernanza del territorio. Consolidar esta base social no solo permite que los proyectos ambientales se implementen, sino que se sostengan en el tiempo, reduciendo conflictos y abriendo la posibilidad de construir acuerdos colectivos más legítimos y duraderos para el manejo del manglar y la piangua.

Oportunidad 3: Participación política desde el cuidado y la organización de las mujeres

Para las mujeres piangüeras, la participación política comienza mucho antes de cualquier espacio formal de decisión. Se teje en la vida cotidiana desde el trabajo de conservar y sembrar el manglar, las labores de cuidado, la transmisión de conocimiento y las formas de organización que emergen desde el quehacer colectivo. Es, en esencia, una manera de ejercer la política desde el cuidado y la vida; no obstante, transformar esa presencia constante en capacidad real de incidencia en la toma de decisiones sigue siendo un desafío como lo expresa Nancy:

“Cuando uno no tiene la fuerza o no tiene el poder, nadie lo mira, escucha o entiende”, dice.

Frente a esta realidad, las mujeres piangüeras no han permanecido al margen, por el contrario, han comenzado a construir caminos propios de organización que les permitan incidir en las decisiones sobre el territorio no sólo a partir de la visibilización dentro de la comunidad sino en espacios más amplios e intersectoriales donde sus voces sean escuchadas y tenidas en cuenta para el mejoramiento de sus condiciones de trabajo y sus medios de vida.

No están esperando a ser incluidas en estructuras formales, sino que movilizan sus redes, saberes y capacidades para generar alternativas desde adentro:

“Les decía a mis amigas, no nos dejemos llevar porque si el consejo tiene gasolina o si tiene lo otro, hagamos, busquemos cómo hacerlo nosotras.”

Estas formas de organización no responden necesariamente a esquemas institucionales, sino que nacen del territorio y de los vínculos de confianza construidos entre mujeres. Son, al mismo tiempo, una respuesta a la exclusión y una propuesta política que es una manera distinta de ejercer el poder, desde abajo, con raíces en la experiencia cotidiana y en el conocimiento del manglar. En este sentido, fortalecer la participación política de las mujeres no es únicamente una cuestión de equidad, sino una condición fundamental para la sostenibilidad del sistema socioecológico. Como señala Breyner:

“La comunidad tiene que tomar conciencia, autoapropiarse de las cosas y entender que las mujeres tienen una importancia muy grande para la conservación del territorio.”

Este fortalecimiento implica no sólo reconocer su liderazgo, sino también generar condiciones concretas para su participación efectiva: acceso a información, formación, espacios de decisión y mecanismos que permitan redistribuir las cargas de cuidado que históricamente han limitado su involucramiento en lo público. Asimismo, iniciativas como el turismo comunitario abren nuevas oportunidades para visibilizar sus saberes y posicionarlas como actoras clave en la economía local y en la narrativa del territorio. Aunque este proceso aún enfrenta retos, también representa un aprendizaje en marcha que es tanto técnico como político, en la medida en que amplía sus espacios de voz y reconocimiento.

Reconocer y fortalecer el liderazgo de las mujeres piangueras no es, entonces, un gesto simbólico, sino una apuesta por transformar las formas de gobernanza del territorio. Es avanzar hacia modelos más inclusivos, donde el cuidado, la memoria y la organización comunitaria se convierten en pilares para la toma de decisiones y la construcción de futuros más justos y sostenibles.

Oportunidad 4. Intercambio territorial y articulación externa

Sostener el manglar y la piangua no depende únicamente de lo que ocurre dentro de Punta Soldado. También requiere construir acuerdos, diálogos y relaciones de confianza con comunidades vecinas. Así lo reconocen las mujeres piangueras quienes coinciden en que sin comunicación y coordinación es difícil sostener los esfuerzos de conservación o resolver los conflictos existentes, particularmente con la comunidad de Las Contreras.

Más que imponer reglas, el camino que proponen parte del encuentro por medio de la generación de espacios para conversar, compartir experiencias y construir compromisos y acuerdos desde el respeto mutuo. Para Nancy, el primer paso es claro y concreto que es fortalecer la organización entre mujeres piangueras y propiciar espacios de diálogo directo entre comunidades.

“Yo ya más de una vez lo he dicho y no me han apoyado, entonces no sé qué pasa. Lo que yo quería es que alguien me acompañara, que hiciéramos el taller allá, libre de problema, para que ellas entiendan.”

Breyner refuerza esta idea, señalando la necesidad de establecer canales sostenidos de comunicación entre piangueras y entre los Consejos Comunitarios. Aunque reconoce que se han hecho intentos previos, también advierte sobre la fragilidad de los acuerdos alcanzados:

“Se ha dicho: vamos a hacer esta conservación, vamos a tratar de respetar el territorio... pero nada, la gente hace caso omiso”, lamenta.

Aun así, insiste en la importancia de persistir y escalar estos espacios de diálogo:

“Toca seguir intentando o mirar otras posibilidades. Reunir los dos Consejos Comunitarios y los grupos respectivos de las mujeres piangueras, que se pueda dialogar un poco sobre cuál puede ser una manera de respeto y de tratar de conservar el territorio.”

En este sentido, los intercambios territoriales no solo permiten abordar conflictos, sino también generar aprendizajes e inspiración. Experiencias como el encuentro con la comunidad de La Plata evidencian que es posible fortalecer la organización comunitaria y construir alternativas económicas sostenibles, como el turismo comunitario, desde enfoques colectivos. Estos espacios amplían la mirada del territorio y muestran que la articulación externa puede ser una fuente de soluciones, no solo de tensiones.

Frente a la dependencia de mercados externos y a las limitaciones de la actividad extractiva, el turismo comunitario emerge como una oportunidad para resignificar el oficio del pianguero y valorizar la piangua desde el propio territorio. Desde 2021, la comunidad ha comenzado a organizarse en torno a iniciativas como la agencia de turismo Playa Viva, que busca no solo generar ingresos, sino también abrir espacios para compartir la relación entre el manglar, la cultura y los saberes locales. En este proceso, las piangueras han empezado a imaginar nuevas formas de narrar su oficio, integrando la recolección con la educación ambiental, la gastronomía y la experiencia del visitante. Nancy lo expresa así:

“Llevar al turista a sacar la piangua, enseñarle cómo se abre, cómo se hace el ceviche... me parece chévere.”

El turismo se configura entonces como una fuente complementaria de ingresos —especialmente en períodos de veda— y como una estrategia para posicionar a las piangueras como portadoras de conocimiento, anfitrionas y guías del territorio. Además, permite agregar valor al recurso desde lo local, articulando la piangua con la cocina, la historia y la identidad comunitaria:

“Se puede hacer la sopa, el atollado, la empanada, el tamal, el ceviche, el sudado... hay tanto por hacer con la piangua. Además, en el manglar también tenemos el piacuil, la almeja y la jaiba. En mi playa hay mucho, mucho por ofrecer.”

Para Breyner, el turismo también tiene un potencial organizativo: **“El turismo también es una posibilidad para organizarnos mejor como comunidad.”**

No se trata, sin embargo, de reemplazar las actividades tradicionales, sino de integrarlas en un modelo de turismo de naturaleza y biocultural que respete los ritmos del territorio:

“No se trata de que todos hagan lo mismo, sino de articularse a un turismo de naturaleza, biocultural.”

Al mismo tiempo, advierte sobre los riesgos de un turismo descontrolado o masivo, que podría generar impactos negativos en el tejido social y territorial:

“No es un secreto que eso trae cosas desfavorables —drogas, prostitución, bandas— y eso no lo queremos.”

Por ello, el desarrollo del turismo comunitario requiere reglas claras, construidas colectivamente, que definan qué se quiere conservar, qué modelo de turismo se desea y qué compromisos está dispuesta a asumir la comunidad:

“Esa es la base para construir un mejor vivir.”

No obstante, a pesar del entusiasmo y del potencial identificado, el turismo en Punta Soldado sigue siendo incipiente. La comunidad aún enfrenta limitaciones en términos de capacidades, infraestructura y acompañamiento institucional para consolidar esta apuesta. Nancy lo expresa con claridad:

“Lástima que uno no tiene cómo, porque como esta es una isla de pescadores... no se está explorando esa riqueza.”

En este contexto, el intercambio territorial y la articulación externa —tanto con comunidades vecinas como con otros actores e iniciativas— se posicionan como elementos clave para fortalecer estas oportunidades. No solo permiten avanzar en la resolución de conflictos, sino también abrir caminos hacia modelos de desarrollo más sostenibles, donde la conservación, la cultura y la economía local se construyen de manera conjunta.



El modelo de turismo comunitario en la región: La Plata en Bahía Málaga

Un ejemplo claro de cómo el turismo puede convertirse en una herramienta de organización y cuidado del territorio es la comunidad de La Plata, en Bahía Málaga.

“Allá han logrado muchas cosas —explica Breynner—. En temas de manglares, por ejemplo, se prohibió la tala. Todo se hace con orden: las piangüeras, los pescadores, cada grupo sabe cómo actuar para no afectar el territorio.”

La Bahía de Málaga, se encuentra ubicada al norte de Buenaventura a unos 40 minutos en lancha desde Punta Soldado, alberga un modelo comunitario que ha ganado reconocimiento así como otros modelos organizativos que promueven la sostenibilidad del territorio como lo es la asociación ECOMANGLAR y la asociación Raíces Piangüeras. El Consejo Comunitario de La Plata fue constituido en 1998 y actualmente tiene más de 38.000 hectáreas tituladas como propiedad colectiva de comunidades negras. El consejo lo conforman cuatro comunidades: La Plata, La Sierpe, Mangaña y Miramar.

Desde el inicio, la comunidad apostó por un modelo de desarrollo que respetara los límites del ecosistema. En ese marco, el ecoturismo y el etnoturismo emergieron como alternativas económicas sostenibles, vinculadas al conocimiento local y la conservación ambiental. Para gestionar estas actividades, en 2008 se creó ECOMANGLAR, una asociación comunitaria que hoy lidera el turismo en el territorio.

El modelo de La Plata muestra que es posible combinar conservación, autonomía y economía comunitaria; y para Punta Soldado, representa una fuente de inspiración cercana y concreta.

5.

CONCLUSIONES:
LAS MUJERES PIANGUERAS Y
SEMBRADORAS DE MANGLE
EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN
MEJOR VIVIR.

La construcción de un mejor vivir en Punta Soldado pasa por el cuidado del manglar y el lugar central que han asumido las mujeres piangüeras en esta tarea. Su trabajo cotidiano entrelaza sustento, cuidado, memoria y conocimiento, enraizando la vida comunitaria en el territorio. Estas conclusiones recogen no solo los desafíos y saberes que se despliegan en el manglar-barrial, sino también las oportunidades para fortalecer un modelo de bienestar arraigado en la sostenibilidad, la equidad y el reconocimiento del saber local.

TERRITORIO HABITADO Y SOSTENIDO DESDE EL SABER DE LAS MUJERES

- Las mujeres piangüeras sostienen la vida en Punta Soldado a través de un trabajo que entrelaza cuidado, sustento, memoria y conocimiento del territorio.
- El saber pianguero es técnico, simbólico y generacional: entreteje cuerpo, agua y comunidad, y se transmite con los pies en el barro.
- El manglar es más que un espacio productivo: es refugio, fortaleza, juego y crianza. Las metáforas que lo nombran son formas de habitarlo y protegerlo.
- Cuidar el manglar no es una excepción ni un proyecto: es parte del oficio cotidiano, de lo que se aprende y se hace en comunidad.

TENSIONES ESTRUCTURALES QUE AMENAZAN LA VIDA COMUNITARIA

- Las piangüeras enfrentan su labor en condiciones de invisibilidad, precariedad y presión externa. Su labor cotidiana también es resistencia y defensa del territorio.
- La tala, los conflictos, la exclusión de las mujeres y la dependencia del mercado externo no pueden entenderse por separado: son parte de un entramado mayor de relaciones desiguales y decisiones tomadas desde fuera.
- La falta de claridad en relación con la pertenencia de la tierra, la escasa capacidad organizativa y la falta de apoyo institucional son una mezcla de situaciones que dificultan la conservación del manglar y los medios de vida comunitarios asociados a este.
- Defender y conservar el territorio requiere condiciones materiales, reconocimiento político y una articulación intersectorial que respalde los saberes y prácticas locales para su sostenibilidad en el mediano y largo plazo.

HORIZONTES POSIBLES

DESDE LA ACCIÓN COLECTIVA Y LA VALORIZACIÓN LOCAL

- Las mujeres han abierto caminos hacia un modelo de bienestar basado en el conocimiento propio, el arraigo territorial y la sostenibilidad.
- El turismo comunitario, el comercio justo de la piangua y la restauración del manglar son oportunidades para la diversificación económica en pro de la conservación si se construyen con reglas claras, desde la comunidad y en articulación con otros sectores de la sociedad.
- Reconocer las conexiones entre lo local y lo externo —como la circulación de la piangua o la llegada del turismo— permite imaginar un territorio más interconectado que se fortalezca desde un modelo de gobernanza policéntrico donde se promueva la participación de los diversos actores que habitan el territorio como lo son las mismas mujeres y los jóvenes.
- Fortalecer la participación de las mujeres en los espacios de decisión es clave para una política territorial que nazca del quehacer colectivo, la memoria y los vínculos entre comunidades —y que reconozca sus voces como formas legítimas de conocimiento y acción para el fortalecimiento del étnico-territorial.



“

Este es el trabajo que nosotros estamos recién comenzando y queremos dar ese paso firme viendo resultados positivos, cada día fortaleciéndonos mientras van surgiendo más ideas, se va ampliando más el conocimiento y obviamente se va encontrando otros destinos, otras rutas que sean favorables para la conservación del territorio.

”

Breyner Obregón Caicedo